Fernando Ampuero

# TANTA VIDA YO TE DI

*colección andanzas*



TUSQUETS EDITORES

TANTA VIDA YO TE DI

*colección andanzas*

FERNANDO AMPUERO

# TANTA VIDA YO TE DI

TUSQUETS
EDITORES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

*Tanta vida yo te di*
© 2024, Fernando Ampuero
Corrección de estilo: Elizabeht Bautista
Diseño de portada e interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial Tusquets Editores
Av. Juan de Aliaga Nº 425, of. 704 - Magdalena del Mar.
**www.planetadelibros.com.pe**

Primera edición digital: abril 2024
ISBN: 978-612-4350-65-8
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2024-02409

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

# Índice

I
Tanta vida yo te di
Pecados de familia
El despertar de Lena
Las lágrimas se secan solas
Los amores canallas

II
Noches de bohemia en Lima

# Cinco cuentos y una crónica

Este volumen de cuentos, escrito durante el largo verano de 2023, reúne un puñado de inquietantes historias de amor y desamor; por alguna razón indescifrable, pero que supongo vinculante, le añadí un apéndice arbitrario: «Noches de bohemia en Lima», crónica que evoca el ambiente, los personajes y las estimulantes tertulias de café en los inicios de mi vocación literaria. Tomé ese texto –léase: lo recuperé– de la antología *Lima es un estado mental* (2022), que por ignotos designios me ha resultado hasta hoy imposible de encontrar en librerías.

(F. A.)

I

# Tanta vida yo te di

*¿Estás seguro de que estamos despiertos?*
*Me parece que aún dormimos y soñamos.*
WILLIAM SHAKESPEARE

Aquel 14 de marzo, a las tres de la tarde, me encontraba en Punta Hermosa y estaba paseando por Islas Ballestas, callecita de moda que un veraneante bienhumorado había rebautizado como la Quinta Avenida. Ahí, entre *boutiques* con ropa de diseño y deliciosas cafeterías, brillaba una pléyade de bonitas tiendas de víveres, todas llenas de exquisiteces que atraían a los clientes de buen paladar. Yo, tras hacer cola y comprar el pan –una barra de masa madre, de las que vendía Doris–, y de saludar luego a dos viejos amigos del balneario, cargué mi bolsa de compras, en la que había botellas de tinto, aceitunas carnosas, lonjas de jamón pata negra y helados Alore. Y, acto seguido, con ganas de echar una siesta, bajé por la calle Libertad, de regreso a mi departamento de playa, en el malecón frente a la isla.

Corrían rumores de huaico, desde luego; por la cercanía del ciclón Yaku, las lluvias torrenciales en la costa y la sierra habían puesto en alerta roja a tres playas del sur. Pero la gente de la Quinta Avenida no se veía muy inquieta; el municipio, debido al huaico de 2017, el más fuerte que nos había azotado, daba por mejorado el cauce de desfogue. Y nadie se esperaba que el huaico de 2023 fuera el peor de los últimos cien años.

Mientras caminaba, agobiado por el peso de las compras, intenté buscar la ayuda de una mototaxi, pero todas parecían haber desaparecido. Y después, tan pronto me detuve en una calle desierta, a una cuadra de mi destino, oí que alguien decía: «¡Lleven los carros por Playa Blanca, hacia las explanadas de las zonas altas!». «Son muchas precauciones», pensé con indolencia, ya que en otros años los huaicos habían desfogado por Playa Norte, y por ello me gobernaba un ánimo que agravó mi situación, pues no tomé las cosas en serio. ¿Por qué habría de hacerlo? El cuadrante del malecón central estaba lejos del cauce y nunca había sido afectado.

Pero saqué el teléfono, por las dudas. Quería saber si comentaban la activación de la quebrada Malancha, origen de otros desastres, y alcancé a revisar RPP y otras cadenas informativas; ninguna noticia. Así que recorrí el último tramo, más tranquilo, y entré al edificio; no había un alma, ni siquiera el portero (supuse que estaría almorzando). Luego, por inercia, llamé a mi mujer; ella probablemente se hallaba en Barranco, en la librería, alistando un conversatorio vespertino entre escritores viejos y jóvenes. «¿Cómo va todo?», pregunté. Y me contestó: «Bien. ¿Y tú?». «Un poco cansado». «Bueno, recuéstate un rato, porque yo recién llegaré a la playa a eso de las nueve. De todos modos, llámame más tarde por cualquier cosa… Ah, ¡y no te olvides! ¡Compra cosas ricas para la noche!». «Ya las compré», le dije, «pasé por la Quinta Avenida, que reventaba de gente».

Minutos después, el cansancio me aplastó de veras. (Había dormido mal la noche anterior, a causa de una tortuosa crisis de artritis. Me dolían los dedos de las manos y, a duras penas, solo había escrito diez líneas nada inspiradas; cada vez que oprimía una tecla de mi laptop, la sentía erizada de finísimas agujas que penetraban mis yemas). Entonces, pasé a la cocina, apresurado por guardar las compras en la refrigeradora, y, como rara vez me ocurre, caí en un espiral de vagas anomalías y tontas equivocaciones.

Para empezar, hice algo desacostumbrado: no abrí las cortinas de la sala, que es lo que hago siempre al entrar, por el antojo de mirar el mar o verificar si está limpia la terraza; es decir, no di señales de vida. Cualquiera que pasara por el malecón y viera el departamento

con las cortinas bajadas podía suponer que estaba deshabitado o que habíamos evacuado.

Y después vinieron dos equivocaciones imperdonables: uno, mi teléfono murió, lo vi morir (y me dije: «Tengo que ponerlo a cargar»), y sin embargo, mientras llevaba un vaso de agua a la mesita del dormitorio y me desvestía para tirarme a la cama, me olvidé por completo del teléfono y no lo cargué. Dos, busqué mi pastillero, y, en vez de tomar la pastillita blanca, el paracetamol de la tarde, tomé otra pastillita blanca y del mismo tamaño, el alprazolam, que tomo a veces para dormir largo y parejo.

¿Resultado? Quedé profundamente dormido y, a las cinco y pico, cuando llegaba el huaico a Punta Hermosa, seguía durmiendo, feliz de la vida, sin enterarme de la masa de troncos y maleza que arrastraba la encrespada correntada de lodo, que pronto taponeó el angosto túnel en la misma senda de desfogue a la altura del complejo deportivo. Ahí, en ese punto, comenzó la desgracia; impedido de seguir fluyendo, el ruidoso torrente del huaico se rebalsó y terminó dividiéndose en varios brazos que avanzaron por el balneario, corriendo entre las calles, inundando a su paso sótanos y casas desprotegidas, derribando barreras y sacos de arena.

Hasta que desperté de un salto. Abrí los ojos en la penumbra y presumí que anochecía; consulté mi reloj pulsera: marcaba las 6:20. Pero aquel despertar, que sería súbito y abruptamente estimulado, no se debía al huaico, cuyas aguas ya estaban compitiendo en fragor con las olas del mar, sino a un grito bronco y dolido, un grito de desesperación. Una mujer (lo supe un instante después) rompía a viva voz las turbulencias del aire.

–¡Maricón! –Furibunda y aullando, la mujer vapuleaba a alguien, aparentemente por un celular–. ¡Cobarde! ¡Eso es lo que eres!... ¡Cómo que no puedes venir! ¡No, no te atrevas! ¡No digas que no te dejan pasar!

Poniéndome la bata, fui hacia la sala, abrí una de las puertas corredizas y me asomé a la terraza. Vi el mar agitado, las nubes plomizas y, sobre todo, el feroz espectáculo de la naturaleza que se abría camino. Un río de agua lodosa corría por el pasaje Libertad y, tras toparse con el murito del malecón, se desviaba por las escaleras

y desaguaba en la playita, o bien tomaba otra ruta: el malecón delante de mi terraza. Mi florida jardinera, y las de mis vecinos, estaba sumergida en el barro. No obstante, el nivel de la correntada –un metro de altura– no alcanzaba a inundar mi terraza ni tampoco las terrazas vecinas del edificio, construido ligeramente en alto, sobre un promontorio. Pero, eso sí, bloqueó las salidas; no era posible que durante la noche alguien pudiera escaparse por el malecón ni por la otra puerta, la principal, que daba al pasaje, pues el agua continuaba en crecida y, entre otros estragos, había empantanado las cisternas y los sótanos.

Me sentí atrapado. Pero no estaba solo: alguien había gritado.

De modo que caminé hacia el borde de la terraza a fin de ver mejor los pisos de arriba; nada, nadie, todo tranquilo. No sabía en qué lugar se hallaba la dama de los aullidos, que presentía cercana. Y por eso, como un autómata, giré hacia la casa de Kike, mi vecino, cuya terraza del primer piso era contigua a la mía; él vivía en el tercero, y en los veranos solía alquilar los pisos de abajo por meses, semanas e incluso fines de semana. Pero no vi a nadie por ninguna parte, y menos a Kike; días más tarde, él me contaría que se encontraba lejos, en la naciente de los desbordes, batallando para detener el agua con sacos de arena. En suma, nada; la desgracia seguía su curso parejo, aunque a ratos se alteraba por el viento, que traía ráfagas insólitamente fuertes, y a la vez componía, junto con la correntada y la reventazón de las olas, una alborotada música de fondo.

Entonces, oí el inconfundible ruidito de hielos en un vaso. No sé cómo, porque estoy medio sordo, pero lo oí nítidamente. Venía, en efecto, de la terraza baja de Kike, y enseguida, consciente de que se movía ahí una presencia que bebía y resoplaba, husmeé por la rejilla de madera de la cerca divisoria. Y la vi. No sabía quién era. Aquella mujer, que para ser exacto era una señora, aún no me veía a mí, pues parecía absorta en escudriñar su celular. «Será una nueva inquilina», me dije. Era una mujer alta y gorda, sin cintura, bien entrada en la cincuentena; tenía el pelo rubio, o más bien teñido de rubio –mi lado detallista me ha concedido buen ojo para distinguir esas naderías–, y caminaba envuelta en una indumentaria que me

sorprendió: un vestido de fiesta apretadito y lleno de brillos. Fuera de eso, mostraba las manos ocupadas: en una sostenía el celular, que al parecer tardaba en comunicarla, y en la otra, un trago con sombrillita.

Pasados unos segundos, le contestaron. Y yo, viendo que caía la noche, y fijándome también en que los faroles del malecón se acababan de encender e iluminaban las terrazas, volví a oír la misma voz que me había despertado, aunque esta vez, si bien no logró cambiar su tono neurótico, advertí que se esmeraba en sonar controlada. Y me escondí. Oculto a un lado de la rejilla, tras una mata de madreselvas, la oía con claridad.

–¡Ay, qué suerte, mi amor! –exclamó, como arrepentida–. No me cortes, por favor… No, no, por Dios, ya no voy a gritar... No, claro que no, pero escúchame, solo quiero decirte qué otra cosa puedes hacer…

(Y entretanto, bramaba la incesante correntada de barro).

–… Lo entiendo, sin duda –continuó–. ¡Pero qué importa que no seas residente del balneario! Tienen que dejarte entrar. Diles que vas a darle auxilio a una persona que está enferma… Sí, sí, ya sé que es una mentira, pero… ¿Qué fue eso. ¿Un claxon? ¿Por qué?... –Y aquí, como en una racha de truenos enviados directamente por el ciclón Yaku, regresaron los aullidos y en decibeles desgarradores–. ¿Quéééé?... ¿Cómo que ya estáááás en la carretera? ¿Te estás regresando a Lima? ¡Qué clase de imbécil eres!... ¡Mil veces maricón y cobarde!... ¡No, no cortes, carajo!... ¿Aló, aló?...

Se hizo un silencio, largo, o quizá solo duró el tiempo que le tomó a la pobre mujer beberse de golpe todo el contenido del trago. Y luego, poco a poco, la atmósfera se entibió, instalando un calor de bochorno.

–Buenas noches –dije entonces.

Y abandoné las madreselvas, dejándome ver. No era buen momento para que apareciera, sin lugar a dudas, pero aparecí, mientras ella avanzaba hacia la rejilla de madera, asombrada, muda, mirándome a los ojos.

–¿Quién es usted? –balbuceó.

–Su vecino –respondí, impávido–. Vivo aquí, esta es mi casa.

Ignoro qué vio ella en mí (me hallaba en bata y despeinado), pero lo que yo vi en ella fue un entrevero de atisbos. (Pido permiso para una enumeración borgiana, recurso del que ahora me sirvo). Vi en su rostro la imagen de la desolación; vi su piel marchita y su aire estremecido; vi el temblor de sus labios, hinchados y purpúreos por el *rouge*; vi la crispación de sus manos; vi el brillo acuoso de su mirada oscura, inmóvil; vi sus mejillas arrasadas de lágrimas, con negras manchas de rímel corrido; y vi su nariz respingada y su mentón altivo, finos rasgos de su juventud perdida.

«Tiempo atrás ha debido tener una cara bonita», pensé. «¡Diablos! ¡Qué cruel es nuestra forma de mirar a los demás y, por el contrario, cuánta indulgencia petulante nos deparamos a nosotros mismos!».

–Parece que estamos solos –comenté lo obvio.

–Sí –dijo débilmente.

–Y también atrapados.

–Sí –repitió, volteando hacia la borrasca del entorno.

No le gustaba lo que veía; el mundo parecía vacío. Y en ese vacío, en ese aislamiento, ella era tan consciente como yo de que éramos dos personas mayores en apuros; *grosso modo*, le calculé cincuenta y ocho años, una edad respetable, que ciertamente yo debía superar por más de una década.

Y de pronto dio media vuelta y desapareció con precipitación.

Me sentí mal. O impertinente, no lo sé. Deambulé un buen rato por la terraza y contemplé los pequeños rizos y saltos de la correntada. Y al cabo de diez minutos, ella, de improviso, volvió a su terraza; estaba diferente. Ahora, tras haber limpiado el rímel de su semblante, lucía erguida y serena, y noté que se había peinado y acicalado. Además, cuando se detuvo ante la rejilla, levantó en alto su trago y sonrió. Con hielos grandes, aquel trago estaba servido al tope y esta vez no le clavó la vistosa sombrillita.

–Todos se han ido –me dijo–. Pero usted no. ¿Por qué?

–Me quedé dormido. Tengo sueño pesado, en realidad. ¿Y usted?

–Esperaba a un amigo –contestó–. Me decía que estaba en camino y que debía llegar en cualquier momento, y por ello me encerré en la cocina a terminar de alistar los bocaditos y los dulces para darle la bienvenida. –Y con un gesto mustio, agregó–: También alisté unas sombrillitas.

–Las sombrillitas, sí. Son graciosas.

Se demudó, como si percibiera en mi voz una burla encubierta. Y luego, volviendo a mirarme a los ojos, soltó una pregunta personal.

–¿Puedo ser un poco indiscreta?

–Sí, claro que sí.

–¿Dónde está su mujer?

Reaccioné de inmediato y lo recordé todo.

–¡Uy! –dije, nervioso–. Trabajando en Lima…, pero excúseme, por favor; no la he llamado. Debo cargar mi teléfono y llamarla; ha de estar preocupadísima. Y también quiero ponerme ropa… Vuelvo en un rato.

Entré al depa, recogí el teléfono de la cocina y lo enchufé en el tomacorriente de mi dormitorio. Y en cosa de tres minutos, mientras me ponía un *short* y un polo holgado, mi teléfono timbró. La pantallita luminosa mostraba el nombre de Soledad, mi mujer, a quien contesté.

–¿Aló, Sole?

–¡Te he llamado cuarenta veces! –estalló, alterada, disparándome una metralla de preguntas–. ¿Por qué no has contestado? ¿Dónde estás? ¿Te pasó algo? Me han dicho que el huaico ha llegado por la casa.

Le expliqué que dormía y tenía la batería muerta y que recién la cargaba. Pero sobre lo que había detrás, decidí ser breve y explícito.

–Estoy bien, aunque no puedo salir de casa; la correntada de barro sigue pasando por el malecón. Sin embargo, me encuentro a salvo y solo me queda esperar. No te alarmes; tengo comida y el huaico parará en algún momento de la noche, eso espero. Ah, y ni se te ocurra venir por aquí, han cerrado el paso a las playas. Tienes que quedarte en Lima.

–Ya lo suponía.

–¿Sigue el conversatorio?

–¡Sí, caray! Pero casi no he podido oír lo que han dicho por querer comunicarme contigo… ¡Cuídate, y llámame si ocurre algo! Si termino antes, te llamo yo, pero pienso que aún se tomarán una hora y media.

No mencioné a la mujer de la terraza vecina. Mucho rollo. Al andar cada uno en lo suyo, ni Sole ni yo estábamos para el chismorreo.

A manera de despedida, dije:

–De acuerdo. Hablamos más tarde.

Y, bueno, ya que tenía el teléfono en mano (aunque conectado al tomacorriente), busqué más noticias. Descubrí una síntesis de hechos que me sonó a partes de guerra; hablaban de múltiples asedios: «Lima y alrededores es atacada por ríos de barro», decían. «El 12 de marzo hubo huaicos en Chaclacayo, Cieneguilla, Lurigancho y otras localidades. Y hoy, 14 de marzo, les tocó a Pucusana, Santa María, San Bartolo, Punta Negra y Punta Hermosa; y el caso de este último balneario "gusta a la prensa"».

«Gusta a la prensa», repetí para mis adentros. «¿Qué querrán decir?».

Imposible lavarme la cara en el baño: no había agua. Usé el agua del bidón, para una lavadita de gato, y una vez más, como un adicto digital, retomé el teléfono. Esta vez los recientes videos de RPP y *Punta Hermosa corazón* trasmitían entrevistas a los afectados por el huaico.

Mientras tanto, cuando volví a la terraza, la situación se puso más compleja. La noche y el clima de frustración y despecho de mi casual vecina iban de mal en peor. (En algún momento, la oí decir que había alquilado el piso de Kike por tres días, a fin de reunirse ahí con «el amor de su vida»). Luego, aturdida, concentrándose en su teléfono, ella comenzó a hablar en murmullos y a dar vueltas por la terraza. Y trastabillaba. ¿Estaría borracha? No tuve dudas; toda me indicaba que era así.

Y en una de esas vueltas, me vio.

–¡Ah, ahí está usted! –dijo con un gesto animoso–. ¡He visto las noticias! ¡Todo se ha inundado por aquí y por más allá! Qué pena, ¿no?... ¡Y qué pena que el maricón que debía venir esta noche, a esta playa tan linda, se haya largado! ¡Ya no vendrá y no podré bailar!

«¿Bailar?», me pregunté. «¿Planeaba bailar? ¿En una discoteca?». Y enseguida intuí que esa era la digna explicación para su traje de fiesta.

–¿Pensaba bailar esta noche? –indagué.

–Por supuesto –dijo, y se arrimó a la rejilla de la cerca.

Desde ahí movió un dedo de su mano, en ganchito; pedía que me acercara. Obedecí y temí que se vinieran imprevistas consecuencias.

–Necesito hacerle una confesión, señor. ¿Me lo permite?

–Por supuesto –titubeé en tono amistoso–. Pero en tal caso le sugiero que no me trate de señor; mi nombre es Fernando, y lo mejor será hablar con menos ceremonia, como si fuéramos amigos… ¿Cómo te llamas tú?

–Ana –dijo, seria–. Por Ana Bolena, la reina. Mi madre me puso ese nombre después de ver a Geneviève Bujold en *Ana de los mil días.*

–Claro. La Bujold fue candidata al Óscar por esa película, que me gustó, aunque no sé qué pensaría hoy si la veo otra vez. Por la tele pasan nuevas versiones, mucho más sádicas, donde decapitan a la reina.

–Eso les fascina de la vida de Ana. Ver rodar su cabeza.

Y al segundo siguiente, se inició la gran escena de la noche.

Ana bebió un sorbo largo de su trago, y se transformó en una dama desvalida y trágica, a la vez que serena y confusamente impetuosa.

–Escucha, Fernando –me dijo, agarrándose de la rejilla–. Ya me has dejado en claro que amas a tu mujer y que llevas una buena y tranquila vida; no quiero malograr lo que has conseguido. Pero necesito que me hagas un favor, que apenas te quitará unos minutos… Fernando, ya sé que para ti soy una extraña o una histérica insoportable a quien no le queda ninguna ilusión… Sin embargo, me queda un deseo: bailar… Ojalá me entiendas: quiero

bailar; quiero cerrar los ojos, como si estuviera dormida, y así, de ese modo, poder revivir las noches de otra época, mis noches maravillosas… ¡Baila conmigo, por favor! Solo dos piezas, un bolero y una balada; las tengo aquí, en el Spotify de mi teléfono. Luego me iré a dormir.

Como han de suponer, yo estaba petrificado. Y solo atiné a exponer razones prácticas para demostrar que era nula la posibilidad de bailar.

–Será difícil –afirmé–. No puedo pasar a tu terraza, ni tú a la mía. –Y me volví a la correntada–. Y hacerlo por las madreselvas es peligroso.

Ana sacudió entonces la rejilla de madera.

–¡Mira qué frágil! –dijo. Y dándole más sacudidas, añadió–. Son maderas delgaditas y tembleques. Por aquí se podrá entrar y salir.

No me dio tiempo a replicar porque de pronto la tiró abajo. Y sin más la movió a un lado, declarando el paso libre entre las terrazas.

–Yo iré a tu terraza, pero sostenme estas cosas –dijo.

Vi sus robustos brazos alargados hacia mí. Y recibí su trago, su teléfono, sus relucientes zapatos de tacones, los que deposité bajo una tumbona. Y luego, tras verla subirse la falda y cruzar con asombrosa agilidad el murito divisorio de las terrazas, la vi parada a mi lado.

–¡Ya llegué! –anunció, y en ese momento, conmovido, percibí un temblor de lágrimas empozadas en su mirada–. Ahora bailemos.

Todo lo que siguió fue rápido o lento. No sabría decirlo. Rápido, sin duda, era el torrente que corría y nos rodeaba, y lento, tal vez, el fuero íntimo de Ana, deslizándose con levedad, aunque en otra dimensión. Ella se puso los zapatos y buscó las canciones seleccionadas en Spotify. Una era «Sabor a mí», cantada por Los Panchos (que poco después bailaríamos con lentitud); la otra, «I'm a fool to want you», susurrada por Sinatra. Luego, tras levantar ante mí su trago, me pidió que lo probara. «Solo para estar a tono», dijo como si oficiara un ritual. Distinguí los ingredientes del negroni, advirtiendo que traía el doble de gin, y, en ese trance, la noche se llenó con la música y los versos cadenciosos de tan romántico interludio.

*Tanta vida yo te di,*
*que por fuerza tienes ya*
*sabor a mí.*

Pronto, Ana me abrazó; no había alternativa, y lo sabía, así que también la abracé. Echando la cabeza hacia atrás, con expresión lánguida, adormilada, ella mantenía los ojos cerrados en todo momento. ¿Evocaba los tiempos en que era una esbelta chiquilla de quince años flotando en los brazos del chico encantador que la había invitado a su fiesta de promo? Sea como fuere, se sentía en las nubes y disfrutaba el baile. A veces me acariciaba la nuca; otras, en tanto giraba dócilmente, me abrazaba con la fuerza de un leñador. Bailar, en última instancia, era soñar los movimientos acompasados de dos cuerpos.

Cuando al cabo terminaron las canciones, Ana se separó de mí y me hizo una reverencia, como en la corte de Enrique VIII. Sonreía y lloraba en silencio, pero, curiosamente, parecía apaciguada. ¿Y lo estaba? ¿Una danza la había redimido? Nunca llegaré a saberlo, pues ella no pronunció palabra. Todo lo que hizo fue caminar hacia el borde de la terraza y mirar con detenimiento la correntada de lodo que pasaba por el malecón, como si antes no la hubiera visto, o como si acaso la viera de otra manera.

Y luego se fue por donde entró, sin mirar atrás.

# Pecados de familia

*El oso se sabe siete canciones,*
*pero todas tratan sobre la miel.*
PROVERBIO TURCO

Cada caricia, cada beso, cada contorsión de caderas parecían recalentar el aire de las habitaciones en penumbra que los reunían; ni ella ni él se cansaban de tocarse, lamerse, morderse. La leyenda dice que fueron meses de romance enloquecido. ¿Unos tres meses o más? ¿Cuánto tiempo duró aquello? Quién sabe. Tampoco nadie supo si se trató de un romance; o –para decirlo con las palabras del vulgo, «que impone su derecho a la vulgaridad» (Ortega y Gasset *dixit*)– no pasó de una calentura con secuela de metejón, enamoramiento obsesivo-compulsivo, según el diccionario del lunfardo. ¿Y por qué menciono el lunfardo? Porque ella, la dama en cuestión, era argentina y, para más señas, una bonaerense del periférico Gran Buenos Aires. Él, por contraste, había nacido en una tradicional familia limeña. Ambos fueron atrapados por un febril torbellino.

Ella se llamaba Silvina y era amiga de Mercedes, la joven y afanosa funcionaria trilingüe en los negocios del padre de él, que estaban diversificados. Ella y él nunca habían tenido contacto. Lo tendrían por primera vez, a instancias de Mercedes, cuando acudieron al restaurante La Rosa Náutica, junto a numerosos invitados; festejaban ahí un premio internacional obtenido por la casa vitivinícola que manejaba el padre.

Él se llamaba Felipe, pero le decían Lalo, y trabajaba en la gerencia de la banca familiar; acerca de los vinos, sabía poco,

aunque los bebía a veces en la finca del viñedo y en las catas de la bodega, es decir, no tenía motivo para estar allí. Pero su padre, a quien por un ataque de gota le habían sugerido guardar cama, le rogó que lo reemplazara. Lalo, de treinta y dos años, casado y con dos niños, era el mayor de sus tres hermanos (que aún estudiaban en la universidad) y accedió con su habitual bonhomía.

Entonces, Silvina y Lalo se vieron.

–Hola –dijo Lalo, perplejo.

–Hola –sonrió ella, mientras cargaba entre sus brazos un enorme ramo de rosas blancas.

–¿Te he visto antes?

–No creo. –Siguió sonriendo aunque ahora dejó ver sus dientes perfectos.

Ella no tenía vínculo laboral con ninguna de las empresas que pertenecían a su padre, pero, como él se enteró enseguida, era amiga de Mercedes, la tan eficiente funcionaria. Y estaba allí, repartiendo sonrisas, o yendo y viniendo de aquí para allá, ayudándola con los tragos y los bocaditos, o con la música y las flores y tantas otras cosas.

Y esa misma noche, Silvina y Lalo salieron juntos y acabaron en un hotel.

Lalo no era un aprendiz de seductor ni mucho menos un mujeriego. Y Silvina no era una chica fácil ni nada semejante. ¿Qué ocurrió entonces? ¿A qué se debió esa conexión instantánea? Química, que le dicen, en alusión al instinto y al desenfreno de las hormonas. O quizá, resignados al modelo clásico, lo atribuyan al choque frontal con el arquetipo de belleza que las personas llevan dentro de sí mismas, a veces sin saberlo. ¿Acaso él no le había preguntado «¿Te he visto antes?». Ella se aturdió. Pero Lalo, probablemente, sí la había visto antes en algún cine, en el gesto fascinante de esa actriz que tanto le gustó, o bien, durante sus lecturas juveniles, en la ilustración de una pintura europea, personificando a una sílfide.

Más tarde, en todo caso, quienes conocían a Lalo, ya sea por una vieja amistad o por ser accionistas y miembros del directorio de tal o cual empresa –lo que resumía todo su tren social–, quedaron extrañados ante su conducta. Si antes de su *affaire* con Silvina, tales amigos y socios hubieran tenido que definirlo como individuo, habrían dicho que era un hombre serio y convencional, consagrado al trabajo y a su matrimonio, ya que amaba a Paula, su esposa, y educaba a sus hijos con rigor espartano y hasta solía premiar sus logros escolares con viajes familiares alrededor del mundo. «Un hombre predecible», decía su secretaria. «No se irrita jamás, pero irrita a sus adversarios». Lalo, hay que decirlo, llevaba una vida sin contratiempos. Sus emociones más fuertes eran jugarse al golf la cuenta del almuerzo o ver tenebrosas películas de terror con sus hijos.

Entonces, conoció a Silvina y todo cambió. O eso, de hecho, creyeron sus más íntimos allegados, temiendo que Lalo lo tirase todo por la borda. Entretanto, don Rafael Sorolla, su padre, mantuvo una olímpica serenidad. «Tranquila», le dijo a Paula, que en las noches se deshacía en sollozos, «volverá pronto. Yo sé bien cómo piensa mi hijo». Y les repitió lo mismo a los padres de su nuera, cuya preocupación, al parecer, se orientaba a la reciente fusión de fortunas familiares que Paula y Lalo irían a heredar.

–¡Cómo ha podido hacerme esto! –gritó Paula–. ¿Se ha vuelto loco?

–Lalo está obnubilado –sentenció don Rafael–. No te angusties.

Y enseguida pensó en que debía explicarle a ella, y al resto de la familia, que algo idéntico le había ocurrido a su bisabuelo, su abuelo y su padre, y también a él, cuando había cumplido los cuarenta años, tras ser arrastrado por un alud de sentimientos. El mal, que solo recaía en la línea paterna masculina, acontecía antes o después de la mediana edad. ¿Pero cómo explicarlo? ¿Debía hablarles de un trastorno genético? ¿Debía decirles que todos los suyos caían en ese bache del corazón, pero que terminaban por salir y reponerse? ¿O más bien jurarles que Lalo no se había ido para siempre, como si lo hubiera abducido una nave espacial?

Don Rafael Sorolla se ahorró las explicaciones. Y se mudó a vivir a la finca, anunciando a la familia su dictamen enigmático y lacónico:

–Está obnubilado –reiteró–. Y por eso perdió el rumbo. Ya volverá.

Y, en efecto, volvió. Lo hizo con gesto fastidiado, tomó una ducha y, respecto a su ausencia, no dio ninguna explicación; absolutamente ninguna, al igual que su padre. Luego, llamó a su chofer, que pronto lo llevó a la oficina. Su gesto de fastidio lo vieron el mayordomo y las empleadas de la casa. Paula no, porque estaba de compras, como en todo el periodo de la desaparición de Lalo; le había entrado una locura por las compras: vestidos, carteras, joyas, todo lo fabuloso que exhibían las vitrinas elegantes de San Isidro y Miraflores. Y después, cuando él regresó de la oficina, ella tropezó con su silencio y su mueca de disculpas.

–No hablaré del tema –dijo Lalo–. Solo piensa que ya está olvidado.

Paula conocía a su marido y, aguantándose las ganas de lanzar alaridos, le hizo caso: no tocó el tema. Interpretó aquella mueca de disculpas como si expresara ahí un profundo arrepentimiento y, por si fuera poco, una promesa de que nunca más cometería un error tan grave en lo que le restaba de vida. Los niños, por cierto, estaban felices de reencontrar a su padre. Cenaron en familia y hablaron de películas de terror.

Al terminar la cena, todos se pusieron piyamas, y Lalo, entusiasta, sentado en la sala de estar entre Paula y los niños, encontró una película (nueva para él); los niños, en su ausencia, ya la habían visto y se habían asustado y hasta tuvieron pesadillas, aunque la vieron una vez más, porque querían reír y gritar con los sobresaltos de su padre; los niños gozaban con el miedo de Lalo, mientras él los apachurraba a ellos y a su madre.

Como era de prever, Lalo y Silvina ya no eran amantes. El hastío y la monotonía de saciarse habían terminado por apagar la pasión. Pero aún ninguno de los dos conseguía fraguar los cimientos del olvido, lo que requiere tiempo. Y en esas, no bien Silvina acudió a una cita de

rutina con su ginecólogo, se sorprendió cuando este la felicitó calurosamente.

–¡Vaya, Silvina, serás madre en ocho meses! –exclamó, alzando los brazos.

Ella reaccionó con asombro, pero rebosante de alegría. No sintió que el mundo se le viniera abajo, sino todo lo contrario; tenía veintidós años, era fuerte y sana, y consideraba que tenía la edad ideal para concebir un hijo o, mejor todavía, una hija: una compañía. «Mejor parir temprano que tarde», pensó, exaltada, sin importarle que Lalo ya no formara parte de sus planes. «Podré criar sola a la criatura que está en camino». Pero luego enmendó su pensamiento con cierta esperanza: «Aunque si Lalo acepta que la criemos juntos, no me opondré; las parejas tienen sus desencuentros, pues la convivencia no es fácil, y luego, con paciencia, se reconcilian…».

Pronto, la funcionaria Mercedes, su amiga, la devolvió a la realidad.

–Silvina, todo fue espléndido mientras duró –le dijo–. A estas alturas, resulta inútil que sigas ilusionada; hay muchos intereses creados entre las familias de Lalo y su esposa, no te equivoques; los Sorolla son gente fina y educada, pero dedicada a la banca y la industria desde principios del siglo XX; su único objetivo es ganar dinero y, después de eso, seguir ganándolo y acumulándolo; cualquier otra cosa es secundaria. Así que tienes que ser más práctica y pensar en el futuro de tu hijo.

Sin pretender ser adivina, Mercedes acertó en que la criatura de Lalo y Silvina sería varón, no mujer. Y la instó a tomar una posición de poder.

–¿Qué quieres decir? –indagó Silvina.

–Un hijo se hace entre dos personas; la responsabilidad es compartida.

–Eso lo tengo claro. ¿Pero qué significa una posición de poder?

La inmediata comprensión del significado de aquellas palabras la descubrió Silvina cuando le comunicó a Lalo la noticia. Ella le había enviado un correo donde revelaba que estaba embarazada. Y para

ello, casi sin pensarlo, escribió entre signos de exclamación: «¡Tú y yo tendremos un hijo!», por lo que se sintió segura y con una firme y briosa confianza, que luego asoció a lo que Mercedes llamaba una posición de poder.

Pasada una hora, antes de contestar el correo, Lalo analizó minuciosamente los peligros de su comprometida situación y no tardó en exponérsela a su padre.

–¿Y ya hiciste algo? –preguntó don Rafael Sorolla.

–Nada, papá –repuso–. Para ganar tiempo, tan solo he buscado el número de un amigo del colegio, médico abortista y una persona reservada.

–Buena idea. Pero, atención, sé prudente; antes que nada, tienes que saber qué está pensando ella. Habla con tu amiguita, intenta persuadirla y, cosa importante, procura mantener la calma. Has caído en la vieja trampa que algunas mujeres les tienden a los hombres, puesto que todo indica que ella no ha tomado la píldora en las últimas semanas. ¿Fue por un olvido? ¿Lo hizo a propósito? Dudo que te diga la verdad, pero proponle la alternativa de que vayan a una clínica y se repare el daño.

–Eso pensaba hacer. Y ofrecerle una compensación económica.

–Cuidado con eso. Se podría ofender.

–¿Tú crees?

–Claro. Se sentiría comprada. Lo que más bien puede temer es la vergüenza, si es que todavía existe, pues tendría que vivir como madre soltera… Analiza y decide sobre la marcha –aconsejó don Rafael–. Pero muestra tacto al hablar. Ni se te ocurra mencionar esa cantaleta de joven chica guapa y dispuesta a ligar con un hombre casado y cargado de millones; esas verdades ofenden. Y no te pelees; ni siquiera lo intentes.

Refrenando su actitud arrogante, y recurriendo a la cordialidad que exhibía en sus transacciones comerciales, Lalo se reunió con Silvina en un discreto café. Y en un tris advirtió que ganar la partida sería imposible. Silvina, emocionada por su anhelada maternidad, hablaba y reía; daba la impresión de no caber en su pellejo. ¿Con qué cuajo podría él plantear que se hiciera un aborto? No iba a conseguir nada; nada en absoluto.

Pero al menos debería intentarlo. Y cuando esbozó el punto, oyó:

–No –dijo Silvina, secamente.

Cabizbajo y acatando el consejo paterno, él se hizo el confundido.

–¿Qué te molesta, mi amor? –balbuceó.

Una luz sombría cayó de pronto sobre la mirada de Silvina, quien no le respondió. Y, al cabo de unos eternos diez segundos, Lalo dijo:

–¿Qué te pasa? ¿Me has oído, mi amor?

Esta vez Silvina rugió, asustando a varios parroquianos del café.

–¡Yo ya no soy tu amor! ¡Deja de hablarme así!

–¡Pero entiende, por favor! ¡Puedo darte lo que me pidas! ¡Y, por supuesto, te daré el dinero y las facilidades para que arregles todo!

–¿Arreglar qué?... ¡Lo quiero tener!

–¡Dios mío, eso sería una locura, Silvina! –rezongó Lalo, perdiendo el control–. ¡Y una mala decisión!… Estoy casado, ya te lo he dicho.

–También me has dicho que a ella no la quieres. ¿O acaso ya no te acuerdas de eso? ¡Me lo dijiste mil veces!

–Mira, no la quiero como antes, es cierto, pero de alguna manera la quiero y la necesito… Y, sobre todo, quiero a mis hijos.

–¡Pues ahora tendrás otro hijo, imbécil! –dijo ella levantándose de su asiento.

Y en un instante Lalo vio su futuro. Iba a arrastrar el cadáver de aquella loca aventura hasta que Silvina y el vástago por nacer lo juzgaran.

Solo y pensativo en la mesa del café, pidió un vaso de agua y que le trajeran la cuenta. «Habrá que cortar por lo sano», se dijo, «negociar y pagar». Ella había pedido un té y un *croissant*; no los tocó ni con la mirada. Pero él, al pagar la cuenta, avizoró con pesar que la otra cuenta sería más grande. No le importó: pagaría. El dinero, digan lo que digan, suele ser la solución. Y, en su caso, le evitaría un conflicto, un escándalo o un grotesco litigio. «Pagaré», pensó. «Tiene razón papá: ir a un pleito carece de sentido. Lo atinado es pagar y callar, y delegar este feo asunto a los contadores».

El acuerdo económico con Silvina lo llevó a cabo el contador de Lalo en cosa de tres días. Ella exigió privilegios análogos a los de «sus hermanos»: exclusivos colegios de paga en el Perú y estudios universitarios en el extranjero, así como gastos de manutención acorde a su estatus, viajes de vacaciones, seguro médico y pensión estable para ella y su hijo, mientras concluyera su educación y obtuviera su primer trabajo. Siguiendo instrucciones, el abogado de Lalo no objetó nada. Pero solicitó que Silvina firmara un contrato en el que ella se comprometía a no reclamar ninguna otra cosa.

–¿Qué más podría reclamar? –preguntó ella.

–El colegio –notificó el abogado–. Su hijo podrá estudiar en un colegio de paga prestigioso, donde aprenda idiomas, pero no en aquel en el que estudien «sus hermanos».

–Conforme –replicó, casi burlona–. ¿Algo más?

–Sí, el apellido.

Silvina no pudo contener un bufido.

–Eso no –dijo, enfática–. Mi hijo llevará el apellido Sorolla, pese a no ser reconocido. ¿O acaso quiere Lalo que le pida una prueba de ADN?

–Nada de eso.

–¿Entonces?

–Solo quiere cerciorarse de que usted se compromete a respetar el contrato.

–Lo respetaré, mientras no incumplan con la manutención.

–Cumpliremos –le aseguró el abogado.

Y así, tras hacerle leer en voz alta el contrato (que fue grabado en video por una cámara oculta), y que equivalía a las perentorias obligaciones y penalidades de un pacto privado, ella revisó los anexos concernientes a las cláusulas; la misma tarea de revisión hicieron los testigos de las partes, antes de poner sus huellas digitales. Luego, cuando todo se había zanjado, el abogado hizo pasar a su distinguido cliente, Felipe Sorolla.

Silvina y Lalo se miraron, pero él, por consejo paterno, le sonrió; ella fingió una venia. Y una vez asentadas sus firmas, cada uno se retiró con su copia, cancelando así el episodio común que los enfrentaba. De manera que, a partir de ese momento, la vida siguió

ajena a interferencias o desaires, con ambos coexistiendo por su cuenta. Nada se había hecho público, ni se haría en adelante, y quedó sellado el distanciamiento total.

Y los años pasaron, y el mundo siguió andando sin polvaredas.

Desde luego, para Lalo, dicho arreglo incluía anular la curiosidad por averiguar cómo había salido ese hijo. «¿Se parece a ella o a mí?», se preguntó. No tenía idea, aunque cierta vez, una pariente, prima de Paula, aseveró que el niño se llamaba Martín Sorolla Messina, tenía diez años y era alto y bien plantado. Y luego le llegaron chismes y opiniones de otras señoras: «Lo tildan de chico retraído, pero no es un acomplejado; juega al tenis, le encantan los amigos y es muy buen alumno: destaca en Ciencias y Nuevas Tecnologías». No obtuvo más detalles. «Si salió con buena facha, habrá sido gracias a su madre», concedió Lalo, risueño. «Ella era preciosa, pero esto, en fin, no se puede determinar a la corta edad del chico».

Dieciocho años más tarde, sin embargo, Lalo se encontraría cara a cara con el ignoto Martín Sorolla, quien lo dejó estupefacto.

Durante el tiempo transcurrido, aquel joven personaje había sido asumido como el hijo que vivía sin existir para la familia Sorolla; figuraba al debe en la contabilidad corporativa bajo el camuflado rubro de «pérdidas o gastos extras». Nada significativo, en verdad, considerando el capital global; además, los contadores eran magos en el arte de diluir, minimizar e inventar partidas que siempre serían un misterio. Promediando esos años, en las fiestas, don Rafael Sorolla comentaba una teoría sobre los hombres de su linaje. Decía que, desde que tenía memoria, los Sorolla habían hecho buenos matrimonios, pero que todos habían cojeado de la misma pata, «por hedonismo y por exceso de vitaminas». Sus pecados, que eran pecados de familia, se reproducían de generación en generación: una mujer de belleza arrebatadora los hacía perder la cabeza. Y el argumento de don Rafael, para justificarlos, no era otra cosa que un orgulloso alarde de hacendado a la antigua usanza, lo que resultaba gracioso para sus amigos presentes, o repugnante si quienes lo

escuchaban eran mujeres. Don Rafael sostenía que, si bien la vida humana era corta, los Sorolla habían saboreado el néctar de una locura de amor. Y se apenaba de que mucha gente pasara por la vida sin haber disfrutado de tal deleite.

–Pero, atención, no hablo de una mujer cualquiera –decía–. Hablo de una mujer *en su punto*... ¿Saben qué es eso? No me refiero únicamente a la lozanía, carácter o simpatía natural, entre otros embrujos; tampoco a que sea alguien entre veinte y treinta años, o que esté dotada de un gran intelecto: todo eso da lo mismo. Hablo de una hembra capaz de leer a un hombre y afinar su olfato, a fin de someterlo a la suavidad de su piel, cobijándolo mediante un irresistible vértigo de sensaciones; hablo de la lluvia…, la lluvia sobre la calle… ¿Han sentido alguna vez el olor a lluvia?...

El anciano don Rafael era también mitad poeta y mitad lenguaraz, y formaba parte de esa clase de individuos que jugaba a la clarividencia.

–… ¿Se han asomado a una ventana abierta? ¿Han percibido ese húmedo aroma de nubes cargadas y mar apacible que se anuncia antes de que rompa a llover? Yo, que vivo en una ciudad donde rara vez llueve, lo he sentido y no lo olvido. Y ahora, en verano o invierno, sé cuándo va a llover… Y, además, sé lo que sucedió con mis ancestros y descendientes: fuimos envueltos por la lluvia, que tuvo formas de mujer, cabellos de mujer, gemidos de mujer…, de una mujer sublime…, *en su punto*…

Haciendo un aparte, Lalo habló bajito con Paula y se disculpó por su padre.

–Perdónalo, Paula –dijo–. Mi viejo está cada día más cojudo.

Así las cosas, una mañana, en el desayuno, Lalo recibió una noticia que lo dejó pasmado. No la leyó en el diario, sino en un wasap que le envió su secretaria. Tras graduarse en Brown University, Martín Sorolla, creador de aplicaciones informáticas, había dado un golpe maestro: un *software* suyo, diseñado para la ciberseguridad, fue comprado por el Gobierno norteamericano y lo había vuelto millonario. Tenía tan solo veintisiete años. Meses después, vivía en

Bel-Air, Los Ángeles, pero pasaba temporadas con su madre en Key Biscayne, condado de Miami-Dade, en el departamentazo que él le había regalado. Pero la noticia no alcanzó las primeras planas: la cosecha de jóvenes millonarios en Estados Unidos comenzaba a pasar desapercibida; la mayoría ni siquiera aparecía en *Forbes*.

«Mis otros hijos trabajan conmigo y les va bien», pensó Lalo. «Son productivos, merecen los buenos sueldos que cobran, y eso les permite llevar una vida holgada, así como correr olas al sur de Lima y en las playas de Hawái y Portugal, que son sus *points* de máximo interés».

¿Y pensar así lo reconfortó?

Digamos que Lalo experimentaba ahora una mezcla de orgullo y remordimiento, pero, sobre todo, una premonición de que algo sucedería. Y algo sucedió, y con creces, en el *penthouse* del Miraflores Park Hotel.

Allí, sentado en una terraza con vista al mar, él esperaba a un socio corporativo que lo había citado a una reunión privadísima. El socio no llegó; este, en realidad, no lo había citado nunca y, al día siguiente, cuando Lalo lo confrontó, no entendió cómo había salido de su bandeja ese correo fraudulento, por lo cual ordenó que examinaran su computadora.

–Me han hackeado –dedujo el socio–. No parece un virus común.

A la cita, en cambio, llegó otra persona. Un chico. No lo vio aparecer porque se le acercó por detrás, mientras Lalo se entretenía con su teléfono.

–Felipe –lo llamó el chico–. Soy yo, y mi nombre es Martín.

Lalo giró la cabeza y se levantó de su asiento. Y, al sopesar ese encuentro, o esa circunstancia prevista (pues pensaba que algún día ocurriría), lo hizo en años de vida: él tenía sesenta años, y quien le hablaba debía tener veintiocho, casi tres décadas de por medio. El chico, además, vestía traje oscuro, tal como él acostumbraba vestir, y, puestos de pie y a medio metro de distancia, advirtió que los dos eran de la misma estatura. Y en el acto fue advirtiendo más cosas: el castaño claro de su pelo, igual al suyo; las facciones de su rostro,

casi idénticas a las suyas; sus ojos verdes, del mismo color que los suyos; o la actitud altiva, reflejada increíblemente como en un espejo. Se parecían como dos gotas de agua. Así que, midiendo la impresión que causaba, el chico sonrió y lo miró fijamente a los ojos.

–Soy Martín Sorolla –informó, presentándose con la tranquilidad de tener el dominio de sus emociones–. No nos hemos visto en otra ocasión, aunque sabes que soy tu hijo. Vivo fuera del Perú, en Los Ángeles, y he venido a Lima para recuperar mi apellido biológico, Sorolla, que es el tuyo y, por tanto, me pertenece. Mañana te llegará una solicitud judicial para que te sometas a una prueba de ADN. El contrato de legalidad dudosa que firmaste con mi madre le impide a ella reclamar mi apellido, pero no me lo impide a mí. Yo lo reclamaré por derecho, y te informo que pelearé duro.

Lalo era frío, pero sintió la pegada. Sin embargo, logró sobreponerse y le contestó con similar sosiego, también mirándolo a los ojos.

–Escúchame –dijo–. No te conozco ni quiero conocerte; para mí eres un desconocido que apellida igual que yo, algo bastante común. Por otra parte, tu desagradable discurso me toma de sorpresa y, respecto a su contenido, tendrás que hablarlo con mis abogados. –Y mientras se retiraba, se detuvo un instante–. Ah, y no vuelvas a dirigirme la palabra.

¿Optaba Lalo por el melodrama? No, no había telenovela en juego; había más bien un plan de movidas recias que apuntaba a una parte de la herencia paterna, como correspondía a cualquier hijo de vecino. Y, de plano, las cartas del chico ya estaban sobre la mesa. ¿Ello podía entrañar una venganza? Naturalmente. La humanidad se venga desde Caín.

–Descuida –replicó el chico–. No te dirigiré la palabra. Lo más seguro es que tú vayas a dirigírmela a mí, y tan pronto llegue ese momento, yo reaccionaré con mejor estilo: te invitaré a conversar.

A la mañana siguiente, el departamento legal de la corporación Sorolla entró en una actividad frenética. La situación era grave, decían; el tal Martín Sorolla estaba decidido a conseguir lo que se

proponía y contaba con respaldo económico. El equipo de abogados planteó maniobras dilatorias al por mayor, pero alguien arguyó que, con dinero y contactos, el juez de familia rechazaría que se realicen las pruebas de ADN.

El chico, que estuvo bien asesorado, buscó abogados entre los enemigos de la corporación Sorolla, en particular los expertos de un estudio influyente. Ellos, en pocos meses, sortearon una tras otra las sucesivas prórrogas y apelaciones, hasta que, para agilizar el trámite, le llevaron al juez fotografías recientes del demandado y el demandante, padre e hijo. El juez no aceptó las fotos, pero las vio y empezó a mirar diferente las cosas, a tal punto que admitió la realización de la prueba de paternidad. Por ello, frente a la primera y segunda negativa del demandado para someterse a ella, guardó silencio, pero a la tercera actuó de oficio: la consideró un indicio en su contra, sugiriendo que podría ser el padre de la criatura.

Lalo, por entonces, ya no contaba con los consejos de don Rafael Sorolla, quien había muerto de un aneurisma, y pensó en litigar hasta las últimas consecuencias. Fue entonces cuando intervino Paula, su mujer; ella andaba al tanto de todo y fue partidaria de una postura más sensata.

–Cometes un error, Lalo –dijo–. Nuestra vida se irá al infierno. Creo que lo mejor es que te hagas la prueba y evites un conflicto mayor. Me dicen que el próximo paso del tal Martín será acudir a la prensa, y nadie en la familia querrá eso. Piensa nomás en que aún faltan años para que abandones este mundo; entretanto, tus abogados podrán afinar la forma de manejar el problema, que tampoco es tan grave como te imaginas.

–¡Será más rico de lo que ya es!

–¡Qué importa, Lalo! Veamos lo principal: la tranquilidad tuya y mía. De otro lado, nuestras familias dejarán una herencia enorme; no perderemos gran cosa con lo que saque el chico.

«¡Diablos, basta ya!», se dijo Lalo. «¡Paula tiene razón!».

Unos días después, Lalo consiguió el número de Martín Sorolla y al comunicarse con él lo saludó en un tono de voz exento de hostilidad.

–Buenos días –dijo Lalo.

–Buenos días –repuso el chico, intuyendo la identidad de su interlocutor.

–Te estoy llamando para darte una buena noticia: acaté la resolución judicial y tu nombre ha sido debidamente inscrito en Reniec; por tanto, has sido reconocido legalmente como mi hijo. ¿Te parece bien que nos reunamos sin abogados? Deberíamos conversar y limar asperezas.

El chico reventaba de alegría, pero apenas lo demostraba.

–De acuerdo –concordó–. Después de tus noticias, me encantará. Y por si no lo recuerdas, conversar era justamente lo que yo pretendía.

–¡Pues conversemos!

–¿Y dónde nos veríamos? ¿En el Club Nacional?

–¿En el Club Nacional? –Lalo se mostró sorprendido–. No, no, el tráfico del centro es un dolor de cabeza… ¿Por qué has pensado en eso?

–Por nada. Me enteré de que eras socio del Golf y de algunos clubes de playa, y también del viejo y famoso Club Nacional, tan pintoresco.

Repentinamente, Lalo rió.

–Es un club de otros tiempos –comentó.

–Ya lo sé –dijo Martín–. Y con gente de otros tiempos, supongo.

–Sí –vaciló Lalo, pero se apresuró a retomar el hilo de la reunión y propuso–: ¿Qué tal si nos vemos en el café del hotel Westin, que está en Las Begonias? Queda cerca de mi oficina, y a eso de las once de la mañana es un lugar tranquilo. ¿Lo conoces, Martín?

Con oído perceptivo, Martín Sorolla pescó al vuelo un cambio en el trato que su progenitor le concedía: una pizca de familiaridad. Pues esta vez al hablar del hotel, no le preguntó: «¿Lo conoces?»; claramente le había dicho: «¿Lo conoces, Martín?». Y de pronto el chico se lo hizo notar.

–¡Vaya, me llamas por mi nombre! ¡Ese es un buen paso para conocernos mejor!

–Así es. Fue ridícula mi conducta anterior.

Impulsivamente, el muchacho replicó:

–Cierto. Soy de la misma opinión… Fue ridícula.

Sorolla padre volvió a reír –aceptaba el descaro de su flamante hijo como un rasgo de humor– y prosiguió con los detalles de la cita.

–¿Qué día te va bien? –preguntó.

–El jueves lo tengo libre.

–Perfecto. Jueves a las once.

–Hecho –dijo el muchacho–. Allí estaré. –Y fue el primero en colgar.

Llegó el jueves y todo fluyó con la naturalidad de una escena bien ensayada. Lalo y Martín Sorolla, en sus nuevos roles de padre e hijo, hablaron con la soltura que correspondía a la situación que habían programado; eran estupendos actores. Desde luego, no actuaban como padre e hijo que se querían mucho. Pero charlaban y, en el mutuo anhelo de ser elocuentes y simpáticos, revelaban datos de cada uno, con los que alimentaban el interés de la conversación. Lalo, por ejemplo, interrogó a su nuevo hijo sobre la informática y la inteligencia artificial que, a su entender, perfilarían el futuro de la humanidad. Martín, por su parte, indagó sobre la explotación de litio en Puno, entre otras materias primas que podrían atraer la inversión extranjera. Luego, en cierto momento, este le dijo a Lalo que en dos días debería regresar a los Estados Unidos.

–¿Por trabajo?

–Sí –contestó Martín–. Me ligó un contrato que buscaba desde hace meses.

–¿Otra aplicación? –indagó, curioso.

Martín asintió y sonrió. Procurando atribuirse algo de mérito, Lalo se dijo que, debido a la educación que él costeó, tenía otro hijo exitoso.

Y al instante se despidieron. No hubo un conato de abrazo, como se intenta a menudo; todo se redujo a un estrechón de manos. Ambos sabían que rara vez se verían en los próximos años. Quizá se comunicarían por teléfono o por las redes, aunque lo dudaba. Establecido en Los Ángeles y Miami, Martín ya tenía una vida hecha; él y su madre contaban con la residencia norteamericana. Por otro

lado, el objetivo de su reciente visita lo había cumplido. Por eso, pensó, la próxima ocasión en que él pensara en volver al Perú sería únicamente para cobrar su parte de la herencia.

Nada más le importaba. ¿Nada más? Eso parecía.

Y lo confirmó al marcharse en dos días. Por si acaso, eso sí, Lalo pidió a su seguridad que vigilara a Martín hasta el momento en que este fuera al aeropuerto y tomara el avión. Y así fue. Y, como no ocurrió nada imprevisto, empezó a relajarse; finalmente, su nuevo hijo viviría lejos.

Pero, ay, todavía le aguardaba otra sorpresa. Al transcurrir una semana, Lalo recibió un wasap con la convocatoria para él y su grupito del Club Nacional, recordándole el almuerzo de camaradería que celebraban el último viernes de cada mes. Varios eran viejos amigos del colegio y la universidad, y con algunos solía navegar en los veranos.

A Lalo le gustaba ese club. Era un sitio que le traía recuerdos de su adolescencia, desde que un día, para visitarlo, su padre lo obligó a vestir saco y corbata. Nunca antes había entrado a ese edificio, y a decir verdad quedó impresionado por sus altas escaleras de mármol con lustrosos pasamanos de roble, sus profusas columnas griegas, sus pinturas del siglo antepasado, sus espejos con dorados y, en particular, sus socios mayores que usaban chaleco y reloj de leontina. «¿Para qué sirve este club?», le preguntó a su padre. «¿Tiene canchas de tenis?». Y este, como quien introduce a un novicio en la distinguida esfera del poder, respondió concisamente: «No. Aquí solo se ejercita la caza de oportunidades con ventajas financieras: los socios vienen a enterarse del chisme clave, pero antes de que otros lo sepan. Aquí, en épocas pasadas, se reunían los hacendados y los políticos; hoy se juntan los poderosos y los políticos».

En suma, cuando Lalo cruzó el salón techado de vitrales e ingresó al comedor principal, sus amigos, repantigados ante una mesa con la languidez satisfecha de los pachás, lo saludaron con gran expectativa.

–¿Tienes algo que decirnos, Lalito? –canturreó el Pelusa, amigo inveterado.

Y el gringo Harry, barrigón y parlanchín insigne en aquel círculo de amigotes, mencionó a «Martín Sorolla, ese hijito que has tenido escondido». Y agregó: «Nos envió una solicitud para hacerse socio».

–Nada nos habías contado –terció el Mono Aspíllaga, igualmente intrigado–. Y ya nos toca la votación... Pero antes, Lalo, tendrías que invitarlo para conocerlo.

–¿Cuándo lo traes? –acechó el Pelusa.

–Quiero verlo con estos ojitos –dijo el Flaco Quesada.

Como un judoka que aprovecha las arremetidas del adversario para utilizarlas a su favor, Lalo sonrió de oreja a oreja, negando con la cabeza.

–Lamento decepcionarlos –dijo–. No lo podrán conocer, porque Martín ya se regresó a los Estados Unidos, en donde, por si no lo saben, vive hace años. –Y faroleó–: Anduvo dos meses por el país para ver si instalaba algunas empresas, pero cambió de parecer; yo lo entiendo.

Tras esas vagas explicaciones, llovió la artillería pesada. «¿Quién es la madre?». «No la conocen; una chica extranjera». «¿Bonita?». «Bueno, no la veo hace mucho. Pero de jovencita era un ser deslumbrante». «¿Y por qué no lo sabíamos?». «Por Paula. Como ya saben, ella es conservadora a ultranza; no quiso que la gente ventile mi pasado ni tampoco lo quiere ahora, así que por favor no hablen con nadie. Silencio, se los pido».

Llovieron más preguntas, por cierto, pero Lalo las iba contestando todas con celeridad y despreocupación, hasta que el interrogatorio se puso aburrido, y ello dio paso al retorno de sus temas habituales: las leyes en el horno (que generan negocios), las intrigas políticas (que son su religión) y las próximas elecciones presidenciales (los albures de siempre).

Y en cuanto a la votación pendiente, Lalo fue específico:

–Mejor rompan la solicitud, pues él no se presentará a la entrevista.

Después de ese mal rato, Lalo permaneció tenso y, cuando se hizo de noche, mientras paseaba solo por el jardín de su casa, no se aguantó: llamó a Martín. No pensaba llamarlo, pero lo forzaba el desasosiego.

–Soy Lalo –dijo, y soltó una recatafila de preguntas directas–: ¿Quieres ser socio del Club Nacional? ¿Para qué? ¿Vivirás en el Perú?

Por el teléfono pudo oír la risa de Martín. Nunca la había oído. En el poco tiempo que se trataron lo oyó ironizar, no reírse. Su risa sonaba como la suya; era una risa ahogada y con un brusco desenlace de carcajada.

–No te preocupes –dijo, jovial–. No pienso volver al Perú por muchos años. Y, por supuesto, me importa un pepino hacerme socio de ese club que, al decir de mis amigos limeños, es más bien un museo.

–¡Pero presentaste una solicitud!

–Sí. Me pareció un gran incentivo.

–¿En qué sentido?

–Era una manera de que las cotorras de tu círculo sepan que existo.

Por cinco segundos, Lalo permaneció callado.

–Escúchame –se suavizó Martín–. Fue una broma. No te inquietes.

–Creo que no me has respondido. ¿Por qué lo hiciste?

Y entonces Martín tomó aire antes de confesar la verdad.

–Por joder –dijo.

–¿Qué?

–Por joder, papá. Pero ya te lo dije: no te inquietes. No nos veremos más.

# El despertar de Lena

*Cuando uno ama y quiere juzgar ese amor,*
*hay que partir de un punto más elevado*
*o más importante que la felicidad*
*o la desdicha.*
ANTÓN CHÉJOV

La madre de Lena era íntima amiga de la madre de Nacho, quien por entonces vivía en Roma con toda su familia. De manera que cuando Lena anunció que viajaría a Italia para estudiar Arte y Diseño la invitaron a quedarse con ellos. Lena y Nacho se conocían, aunque no se veían desde que eran niños; una fotografía de esa época los mostraba jugando en la orilla de una playa limeña. Sus progenitoras los habían puesto al corriente de que ambos tenían casi la misma edad: ella tenía dieciocho años, y él, diecinueve. Con ánimos de independencia, Lena se negó; quería alquilar un estudio pequeño, cerca de la universidad. Pero Doris, la madre de Nacho, que era una mujer persuasiva y simpatiquísima, la convenció en un instante: «Si lo dices porque temes que andarás vigilada, te equivocas: tendrás una habitación propia y hasta con puerta a la calle, y además podrás comer con nosotros cuando te plazca». Y repitió: «¡Una habitación propia, Lena, como la que propuso Virginia Woolf! Nuestra casa es amplia y cuenta con dos habitaciones de huéspedes. ¿Qué me dices?». Lena constató que la oferta le convenía por completo: sería libre, viviría entre amigos, ahorraría y, sobre todo, pasearía a diario por el Trastévere, el barrio romano donde quedaba la casa de Nacho

y que constituía el centro de la efervescencia estudiantil y del mundillo de artistas.

–¡Qué buena gente eres, Doris! –exclamó Lena–. ¡Mi mami estará feliz!

–¡Y también tranquila! ¡Será como si lo hubiéramos planeado!

Lo que una y otra no imaginaron, eso sí, fue que sus hijos se enamorarían perdidamente, a tal punto que Nacho –Nachito para sus hermanas mayores– comenzó a frecuentar a Lena varias noches a la semana. Al principio, las madres se inquietaron; luego se fueron acostumbrando y, a la larga, terminaron encantadas de que se llevaran de maravillas y no descuidaran sus carreras. Lena pintaba grafitis por las calles de la ciudad eterna, lo cual implicaba buen uso de plantillas y aerosoles, así como un trabajo rápido y silencioso. Con un par de compañeras de escuela, que le servían de asistentes, salía a las tres de la madrugada en busca de muros, como lo hace el gran Banksy, esto es, nada de ruinas arqueológicas ni *bei palazzi*. El tema de sus pinturas era una joven vicuña que estiraba el cuello y bebía el agua de las fuentes romanas.

Nachito, por su parte, vivía enfrascado en repartirse entre dos exigentes facultades: Literatura y Ciencias Políticas. Pero siempre le alcanzaba el tiempo para acompañar a Lena en alguna excursión nocturna y en los almuerzos familiares. El padre de Nacho, que solía aparecer en las revistas, era un famoso arquitecto que viajaba por el norte de Italia dejando su impronta en *piazzas* y lujosos edificios, y dos veces al mes, cuando volvía a Roma, la familia invitaba a *tutti amici* y celebraban la vida.

Nachito y Lena, por último, eran chicos sanos y guapos, y tan instruidos como inteligentes y cordiales; no se querían cambiar por nadie. ¿Eran la pareja perfecta? No, aunque para los suyos estaban en camino de serlo; eran, si se quiere, dos chicos con gracia y nervio: a ella se la discutía en los círculos artísticos, lo que a menudo resulta una forma de aprecio, y a él se lo cuestionaba apasionadamente en los debates intelectuales, pero le publicaban en el *Corriere della Sera*; ambos prometían mucho.

Claro que nunca habían hablado de casarse, pero es muy probable que la idea no les disgustara. Sin embargo, cinco años más tarde se

separaron. Y no por haberse peleado. Se separaron porque de la noche a la mañana se resquebrajó la salud de la madre de Lena: tuvo un derrame cerebral y se le paralizó medio cuerpo. Los médicos eran optimistas y dijeron que con terapias podía conseguir una pronta recuperación de sus movimientos. La madre de Lena estaba sola; sus otros hijos, casados y con prole infantil, vivían asimismo en el extranjero; su padre, el Ogro (ese era su apodo en el club de tenis), se había vuelto a casar y prácticamente dedicaba todo el tiempo a su bufete de abogados; podía colaborar en cualquier tipo de gastos, pero no en los cuidados. Ante ello, Lena, bastante apenada pero dispuesta al sacrificio, regresó enseguida al Perú. Total, ya había obtenido su diploma de graduación y caviló que estaba obligada a tomarse un respiro; luego, pasado un rato, volvería con Nachito.

Lamentablemente, el respiro que los mantuvo lejos duraría dos años, y de pronto algo crujió. Primero, ella, informada por amigos en común, se enteró de que Nachito se estaba tirando un día sí y otro también a las italianas preciosas que encontraba a su paso. Lena enfureció y se deprimió, claro está, pero entendía los reclamos de la naturaleza humana: ella y él eran chiquillos, por lo cual se les hacía difícil controlar sus apetitos.

Y Lena, ciertamente, no era un hielo; también sintió el aguijón de la carne. Fue el día en que conoció a Mateo, médico en ascenso –¡y soltero!–, que era el cirujano más joven de la clínica en la que casualmente se atendía su madre. Y ahí, en dicha clínica, los presentaron, qué tal, un gusto.

El trivial énfasis que he puesto en la soltería del susodicho responde a que Lena ya estaba en esa edad de las muchachas a quienes se les nota que han heredado los miedos de generaciones pasadas: experimentan el ciego anhelo de conseguir una seguridad económica, o peor aún, rechazan con repugnancia la tontería de no aprovechar su breve fase de lozanía y terminar solteronas. Por más moderno que se haya vuelto el mundo, o por más LGTBI y mujeres empoderadas en la palestra, ese miedo sigue vivo: la gente se casa masivamente. De ahí que Lena, en tanto socorría a su madre, relajó

sus modales y decidió ayudarse a sí misma, es decir, sonrió con avidez al tal Mateo y no dudó en bajarse un centímetro el escote.

–¡Ya está! –se dijo, confiada–. ¡Veremos qué pasa con mi vida!

Y, bueno, digamos que le pasó un poco de todo, empezando por los estragos de la distancia física, que, ya se sabe, genera delirios de amor, o, por el contrario, aletarga y cubre de moho los excesos sentimentales.

Así pues, los correos que le enviaba Nachito a Lena se fueron espaciando; de tres veces por semana se redujeron a dos al mes, aunque no hubo señales preocupantes de que su pasión disminuyera. Ella, mientras tanto, no se desalentaba; contestaba sin reproches y exhibía su siempre chispeante sentido del humor –rasgo de Lena que él adoraba–, pero ya estaba embarcada en una relación con Mateo, quien, a toda hora, la veía bellísima y, por añadidura, la ensalzaba como un prodigio de cultura y mundanidad. «No soy tan bella», decía ella. «He vivido años en Italia y allí la belleza es contagiosa». Y concluía, irónica: «¡Pero ese ángel que toca a ciertas personas pronto retorna al cielo!». En buena cuenta, le sugería a Mateo que lo conveniente era apurarse y disfrutar el momento.

Fue entonces cuando Nachito se apareció de pronto.

La llamó por teléfono y, al no poder comunicarse con ella, le escribió al *inbox*: «Me encuentro en Lima. Hoy a las siete de la noche pasaré por ti para salir a tomar una copa. Quiero darte una sorpresa».

«¡Cuánto tiempo sin vernos!», pensó Lena. «¡Cuántas dudas en el aire!». La sorpresa, no obstante, se la llevó Nacho; él imaginaba que podía sorprenderla gratamente al decirle que pasaría dos semanas en Perú. Pero no fue así. Lena lo oyó, distraída, mostrando una reacción ambigua. Y, en consecuencia, Nacho se desconcertó: «¿Qué le ocurre? ¿Acaso no he sido su primer amor? ¿No se alegra de que podamos estar juntos?».

Ella se alegraba, por supuesto, y para colmo no dudaba en correr riesgos, porque Nacho aún le encendía la sangre. Sin embargo, de forma simultánea y, a su pesar, se había enamorado de Mateo. En tal

encrucijada, no había en el mundo mujer más indecisa que Lena: por un lado, mantenía una correspondencia provocadora con Nacho, quien ignoraba la existencia del galeno que la cortejaba; y por otro, Mateo, si bien contaba con una referencia de aquel, aunque bastante vaga y sumaria, ya le había entregado el alma a Lena. Al estilo discreto y categórico de ambos, Mateo y Lena asumían una relación establecida. Y a él no lo afligía que ella, procurando curarse en salud, le hubiera dicho entre risas que «¡Roma es Roma!», y que a toda mujer que la visite siendo joven nunca le faltará un episodio de efusión romántica o, lo que es más habitual, una historieta pasajera.

De ahí que, en esa misma noche, cuando Lena planeaba decirle a Mateo que asistiría a una reunión con amigos de Italia, él, imbuido en sus complejas responsabilidades laborales, se le adelantó: «Mira, Lena, discúlpame que hoy no venga a verte; tengo una junta general de médicos y luego iremos a una cena en celebración de un prestigioso socio norteamericano que se incorporará a la clínica; nos vemos mañana».

«Cancha libre», pensó Lena. Entonces, alborotada con su escapada, se puso su vestido de tiritas más seductor, por eso de «siempre estoy lista para la conquista». Y luego, una vez dieron las siete en punto, tembló de emoción cuando oyó el timbre y abrió la puerta principal.

Ahí, bajo el farol de la entrada, estaba Nachito: elegantísimo, con saco azul marino y bufanda de seda, y todo perfumado y bien peinado, contemplándola con la mirada brillante y la sonrisa en los labios. Descontado el cálido abrazo que se dieran, no hubo otra muestra de cariño, porque a unos metros, sentada en su silla de ruedas, los observaba la madre de Lena y una enfermera de uniforme. Con gran afecto, la dueña de casa exclamó: «¡Qué lindo verte, Nachito! ¡Estás hecho un hombre!». Todos intercambiaron zalamerías sobre Doris, la madre de Nacho («mi mejor amiga del colegio»), y poco después Nacho y Lena dejaron juntos la casa y subieron a un BMW.

–¿Y de dónde salió este carrazo? –se asombró ella.

–Es alquilado –rió Nacho, sacudiendo la cabeza–. Se ve un poco presuntuoso, pero no tenían otro disponible. –Y cambiando de tema, le preguntó–: ¿Tu madre mejora? ¿En cuánto tiempo vuelves a Roma?

Lena respondió a la primera pregunta.

–Está mejorando –dijo–, aunque será un proceso más lento de lo que habíamos pensado. Ahora los médicos ensayan nuevos tratamientos. O, para hablar en buen cristiano, en este mundo estamos en manos de Dios, o del azar, como dicen los ateos. Además, no basta tener todas las atenciones a tu alcance: mi mami necesita poner mucho de su parte.

Había un tránsito fluido por la zona de Miraflores en la que circulaban, y Nacho calculó que faltaba poco para arribar al pequeño bar que le habían recomendado. Y al cabo tuvo un impulso. Sin soltar el timón, se aproximó de repente a Lena y la besó y el auto osciló en un bamboleo; ella se sobresaltó, pero respondió tiernamente a su beso.

–Te he extrañado mucho –dijo Nacho, enderezando el auto.

–Maneja con cuidado –se alarmó ella.

Él no la oyó. Y a los diez segundos, inclinándose otra vez para besarla, aceleró sin darse cuenta y el auto se empotró contra un árbol. El golpe fue tremendo.

Ella, quieta en su asiento, perdió la conciencia y mostraba la cara bañada en sangre (debido quizá a que los *airbags* no se inflaron).

Nacho llamó al número de Emergencias que figuraba en el llavero del auto y tomó la muñeca de Lena; sintió su pulso, cosa que lo calmó. Luego, unos pocos vecinos, atraídos por el humo y los fierros retorcidos del accidente, se percataron de que Nacho, ileso, caminaba sin rumbo, mareado y haciendo eses, como si estuviera borracho. Sin embargo, no había bebido una gota de nada; solo sentía la sangre de Lena en sus labios.

Lena estaba profundamente sedada en el cuarto de un hospital. Todo era blanco a su alrededor. Un rato después, el doctor del turno

matinal hizo entrar a las visitas. A los costados de la cama, se habían dispuesto dos sillas; en ellas se sentaron las visitas, dos hombres que la miraban visiblemente nerviosos; esperaban que Lena despertara.

Tras revisar la ficha de la noche anterior, el doctor quería constatar si el cerebro de la paciente se conservaba en buen estado, y por eso les susurró a las visitas:

–La paciente tiene heridas en la cabeza y la mandíbula. Se le han hecho curaciones, y ha de guardar estricto reposo, pues aún falta que hagamos nuevos análisis y tomografías. Por tal razón, no debería agitarse ni hablar cuando despierte; tan pronto abra los ojos, esta indicación se le comunicará verbalmente y también se le mostrará un letrero. –Y señaló una pizarrita blanca y rectangular con un mensaje en letras negras de tipo imprenta: «NO HABLE NI SE AGITE. LO TIENE PROHIBIDO POR AHORA».

Las visitas, en efecto, eran Nacho y Mateo, y ambos, antes de ingresar al cuarto de la accidentada, no se habían visto nunca. Eran dos extraños, pero naturalmente cada uno encontró el tiempo para decir su nombre y explicar el vínculo que lo unía a Lena. Quien habló primero fue Mateo: «Yo soy su pareja», dijo con voz grave; había firmeza en su forma de hablar, y no traslucía la menor vacilación respecto al rol que jugaba en la vida de Lena. Nacho, por el contrario, estaba hecho un atado de nervios y culpas, y tardó tres segundos en manifestarse; dadas las circunstancias, optó por improvisar una indefinida versión de su presencia: «Yo soy un viejo amigo. Nos conocimos hace buen tiempo en Italia y ahora, como ando por aquí de paso, la busqué». Ninguno quiso profundizar en la conversación, y cuando pasaron a verla siguieron en silencio.

Diez minutos después, Lena empezó a moverse en la cama; movía las piernas y los brazos suavemente, pero no abría los ojos. El doctor y la enfermera estaban atentos, pendientes de sus reacciones. A pocos centímetros, en los bordes paralelos de la cama, los dos hombres, inmóviles, continuaban mirándola con el aliento suspendido.

Y de pronto Lena abrió los ojos.

–No hable, por favor –indicó el doctor, que en ese instante tenía las manos hundidas en los bolsillos de su bata blanca–. Tiene heridas en la mandíbula, no hable.

Una enfermera elevaba el letrero que reiteraba la indicación.

Lena pestañeó y asintió levemente con la cabeza. Y de una manera casi imperceptible, todos vieron que ella volvió la mirada a uno y otro lado, para ver quiénes la flanqueaban, y luego, sonriendo y suspirando, levantó apenas una mano, solo una, la derecha, y la dirigió hacia el lado en el que se hallaba Mateo, que la sostuvo lleno de felicidad.

–¿Reconoce a estos señores? –preguntó el doctor.

Lena asintió nuevamente y sonrió.

–¿Reconoce al señor que está a su izquierda?

Lena asintió otra vez, pero no soltó la mano de Mateo.

# Las lágrimas se secan solas

*Una palabra y todo se pierde,*
*una palabra y todo se salva.*
ANDRÉ BRETON

Nina tenía un amigo a quien veía poco, pero al que quería mucho. A sus cuarenta y tantos años, ella acostumbraba decir que, a pesar de que solo podía conversar con él una vez a las quinientas, cuando se encontraban, siempre por una casualidad, se abrazaban cariñosamente e intercambiaban halagos. «¡Qué guapo estás!», decía ella, y él respondía: «¡Para ti no pasa el tiempo!». Y al cabo terminaban sentados en un café y matándose de risa, con la complicidad traviesa de los niños que ocultan secretos. Esas risas, según Doris, delataban a Nina, «una experta en distorsionar los recuerdos de la infancia». Pero Nina, dándose ínfulas, la refutó y dejó en claro que entre ella y Fabrizio hubo un apego real y profundo: «¡No éramos niños, Doris! Él y yo teníamos doce años y habíamos dado el estirón, parecíamos de trece».

Doris, que es la hermana menor de Nina, se enfurruñó. Sufría de celos retrospectivos. Ambas, divorciadas y con hijos, venían de una prole educada al calor de las labores domésticas; es decir, marchaban derechito hacia el rol secundario de las lindas esposas, aunque luego, por el ventarrón de los tiempos, dieron un vuelco: entraron a la universidad y salieron de ahí en tren de mujeres prácticas, profesionales e independientes. Hoy Nina se gana la vida como analista de finanzas y Doris es psicóloga educativa.

Tiempo atrás, mucho antes de que ellas lo convirtieran en la manzana de la discordia, Fabrizio había aparecido en la vida de las hermanas con un halo de misterio; era el niño nuevo de la cuadra. Se conocieron en Ancón, en un tórrido verano, cuando aquella playa aún conservaba un perfil de coto cerrado. Nina, la más coqueta, era dos meses menor que Fabrizio, lo que resultó un estímulo para que formaran un trío: él y Nina, emparejados; y Doris, en opinión de Nina, como violinista. Merodeaban juntos y a diario, encontrándole diversión a todo lo que veían y descubrían. «De ahí que nuestra relación se hizo inolvidable», comentaba Fabrizio, muchos años después. «Crecíamos y nos divertíamos, y eso nos unió para siempre».

Los celos de Doris, afirman los memoriosos, asomaron un día en casa de la abuela, durante un almuerzo familiar. Aquellos almuerzos los celebrábamos una vez al mes, intervalo suficiente para recargar temas novedosos; exceptuando, claro está, el tema de Nina y Doris, ya que su disputa se extendió como una novela por entregas. En ese día memorable, en todo caso, habíamos llegado a la hora del postre y la charla de la mesa, achispada por la abundancia de vino, se entregaba a su habitual remembranza de anécdotas risueñas. Entonces, en tono exasperado, Doris nos sorprendió a todos: dijo que ella y su hermana habían sido enamoradas de Fabrizio; y, luego, tras golpear una copa con un tenedor autoritario, precisó: «¡Pero no por separado! ¡Fuimos sus enamoradas a la vez!».

Todos quedamos con el aliento suspendido, mientras la abuela agrandaba los ojos.

–¡Qué modernas! –dijo.

–No te burles, mamá –gruñó Doris–. ¡Fue así! –Y agregó que ese vínculo comenzó en una *vermut* del cine Bahía, el único del balneario–. Los tres nos sentamos juntos, con Fabrizio en la butaca del medio, de modo que él tomó las manos de cada una. ¡A mí me la apretó toda la película!

Con sonrisas perversas, varias tías se volvieron hacia Nina.

–¡Es que teníamos miedo! –explicó ella.

–¿Miedo? –indagó mi prima Elena.

–Sí –dijo Nina–. Veíamos *Carrie.* ¡Y la platea temblaba!

Doris se encrespó:

–Aparte de eso –dijo–, ahí… en la penumbra de ese cine, se mezclaron otros sentimientos y empezó algo entre Fabrizio y yo!

–¡Caray, qué noticia! ¿Y por qué recién cuentas esto ahora?

–¡Porque me harté de oírte decir que eras su enamorada, como si yo no hubiera existido! ¡Las dos lo fuimos!

Nina meneó la cabeza, desencajada.

–¡Tú tenías nueve años, Doris!

–¡Qué importa eso! –gritó–. ¡En el amor no hay edades! –Y de pronto se desvaneció y se cayó de la silla.

–Mucho vino –señaló alguien, sonriendo–. Pobre.

El tío Alberto, estudiante de Medicina y que rara vez aparecía en los almuerzos, la revisó. «Sí, no es grave», dijo. «Nomás está borrachita».

Rápidamente, cargada por dos sobrinos, la tía Doris fue trasladada hacia la cama más próxima, donde llegó dormida. Pero, desde luego, la confesión de su precoz enamoramiento nos dejó en ascuas. ¿Fabrizio y ella habían ido más allá de tomarse las manos? ¿Se habían besado y acariciado? Tales preguntas, que se leían en muchas caras de la parentela, incluían a Ernestito, el hijo adolescente de Doris, quien no había podido contener la risa ante el exabrupto de su madre; nunca la había visto con esa actitud tan desenfrenadamente rabiosa, y, por otro lado, le parecía desternillante la expectativa que esta había generado; todos queríamos saber más.

Y es que Doris, para grandes y chicos, representaba el modelo de la discreción y la compostura. Era sobria, recatada y, sobre todo, una virtuosa en el arte de apaciguar discusiones y restaurar la armonía.

¿Pero qué le está pasando?, nos preguntábamos. ¿Tan demandantes son sus celos? Lo cierto es que, tras dos horas, ella despertó y se dirigió hacia el comedor, que estaba desierto, y desde ahí oyó nuestras voces lejanas, en la terraza; ya éramos pocos los rezagados del almuerzo.

Serían las seis de la tarde, y todavía tomábamos el café, a excepción del tío Lucho, que es insomne. Entonces, la tía Doris

reapareció. Refrescada por la siesta, comprobé enseguida que había vuelto a ser la misma de siempre. Todos vimos su rostro dulce y su suave sonrisa encantadora.

Quizá por eso Ernestito la cuadró de improviso.

–¿Le sacabas la vuelta a tu hermana? –indagó.

Tal como hacían la abuela y otros miembros de la familia, Doris también agrandó los ojos; este era un rasgo de herencia genética.

–¿Qué dices, hijito?

–¿Vas a responderme o no?

–No sé de qué hablas...

–De lo que nos contaste sobre Fabrizio.

–¿Cuándo?

–Justo antes de que te fueras a dormir.

Aturdida, la tía Doris se alzó de hombros, cogió una tacita con café humeante y, sosteniéndola en alto, nos miró lentamente a todos.

–No me acuerdo –aseveró, sorprendiéndonos otra vez.

En los siguientes días, repitió las mismas palabras. Ni siquiera con Nina fue algo más considerada; no le dio el menor relleno.

–No me acuerdo de nada, Nina. Te lo juro.

Y guardó silencio. Pero pocos de la familia olvidaron el asunto.

Yo no lo olvidé, por cierto, como uno no olvida la caída de las Torres Gemelas o cualquier otro desastre que nos cambia la conciencia. Tenía una razón obvia: el enigmático Fabrizio. Tras aquel almuerzo, este, que había ido cobrando un firme protagonismo en el círculo familiar, no estaba a la mano; nunca lo había estado. Vivió años en el extranjero y, al regresar a Lima, puso su propio estudio de arquitectura, pero en La Molina, donde estableció su residencia. Eso era como continuar en el extranjero, no por la distancia, sino por el tráfico terrible que desanimaba a los visitantes.

Con tanta lejanía nació el mito del chico añorado. Y así, a fuerza de oscilar entre la memoria y la imaginación, la familia lo asimiló como «¡el tal Fabrizio, el amiguito querido por Nina y Doris!», a quien ellas veían poco o nunca, aunque, mal que bien, él seguía

vigente por los chismorreos, pues estaba en boca de todos, o sería mejor decir «en boca de todas».

Ambas nos dieron muestras de ese torrente de habladurías:

«Ayer lo vieron bien acompañado por la marina de Barranco».

«¡Uy, no me digas! ¿Estás segura?».

«¡Sí, está fotografiado! Subía a un velero con una chica regia».

«¡Me lo imagino! Cada cierto tiempo aparece en revistas de decoración y arquitectura; se especializa en casas de playa».

«Otra especialidad suya son sus parejas. ¡Y es muy selectivo!».

«¿Ah, sí? ¿Qué tipo de mujeres prefiere?».

«Las infelizmente casadas, que a su juicio son las más libres y alegres. ¡Y las únicas que lo estimulan a preservar su soltería».

(Conclusiones del grupo de sobrinos que no nos perdíamos ni un detalle: «¡Fabrizio, el escurridizo donjuán!», «¡Fabrizio, el arquitecto de fantasías otoñales!». Y, además, cuando las tías se remontaban a su pasado común, «Fabrizio, el chico diferente de todos los otros que ellas conocían». Era alguien que de repente recitaba «Tristitia» de Valdelomar, pues se lo sabía de memoria, o que mostraba objetos inauditos, sacándolos de los bolsillos de su short; él los llamaba «tesoros» y aducía que estos expresaban el universo, a la vez que sugerían «los diferentes puntos de vista que los hombres podían escoger para entenderlo». Nina y Doris, de esa manera, recibieron en sus manos una brújula, «que servía para salir de paseo por el desierto»; o un imán, «que extraía granos de hierro de la arena»; o un caleidoscopio, «que multiplicaba colores y dibujitos cambiantes»; e incluso les mostró un condón, «que él sabía para qué servía, pero no lo dijo ni lo entregó». Años después, para regocijo de las tías, contó que el tío que lo hospedaba en Ancón lo escondía en una caja de zapatos).

Por lo tanto, debido a que yo era el mayor de los sobrinos, orienté e instruí al grupo, y sin más trámite acabé diciéndoles: «Ya sé que ustedes no se explican aún el hechizo que ejerce Fabrizio en las tías; no intenten hacerlo, no se puede. ¿Y saben por qué? Porque la ingenuidad de las personas es un atributo único y definitivo, como una huella digital»).

Sin embargo, la abuela dudaba y parecía confundida. ¿Realmente se volvió un donjuán? ¿Y los años, como dicen, le mejoraron la facha?

La madre de Nina y Doris apenas recordaba a un niño flaco y narizón que solía escoltar a sus hijas durante el único verano en que pasó por Ancón. Y no era un niño bonito, ni un gran atleta, ni un chico que sabía encandilar por su fino ingenio o picardía. Aunque, bueno, algo debía de tener, pues ellas terminaban el desayuno y salían volando a buscarlo.

Más reflexiva, cuando cursaba el primer año en la universidad, Nina encontró una palabra para definirlo e ilustró a su madre.

–Carisma –le dijo–. ¡Eso tenía Fabrizio! Su carisma iba parejo a su curiosidad por el mundo y le confería un magnetismo tremendo; era un seductor. Y, para envolvernos, nos hablaba y lo aderezaba todo con una chispa que nos hacía reír como locas. Fue una suerte que Doris y yo lo conociéramos en esos días en que nos planteábamos preguntas. Y fue una maldición que al acabar ese verano desapareciera de nuestras vidas.

La madre, viuda de un hombre adusto y amargado, comprendió de pronto el motivo por el que sus hijas habían idealizado a Fabrizio. Y por ello, en los almuerzos, acogía bien las evocaciones que desgranaban.

–¿Recuerdan el baile de carnaval? –Doris volvía a hablar picada por el vino, aunque esta vez sin excederse–. Fue en el casino, y Fabrizio, empolvado y maquillado (cara blanca, mejillas chaposas, lunares postizos), apareció disfrazado del «incorruptible Robespierre», el personaje de una película que habíamos visto en el Bahía. Recortó un pantalón viejo hasta la rodilla y luego, tal como hacían muchos socios e invitados, le pidió a la tía Mocha cuatro prendas para su vestuario: medias rosadas de torero, camisa de bobos, chaqueta de seda y peluca blanca. A nosotras, en cambio, nos consiguió disfraces de libélulas con alitas transparentes. ¡Cómo nos divertimos, Dios mío! Bailamos horas sin parar, y después, sofocados, salimos al malecón a ventilarnos. Y en esas, Fabrizio,

según dijo, «entró en situación». Nina lloraba de risa cuando lo vio increpar a un grupo de socios que solo conocíamos de vista; los trataba de *monsieur* o *madame*, alertándolos de que la revolución había tomado la Bastilla.

–Hubo gente que nos miró mal –dijo Nina.

–¡Claro! –corroboró Doris–. ¡Y no les faltaba razón! Remedando a las hordas de aquel episodio histórico, Fabrizio se declaró un secuaz del tribuno Marat y reclamó a grito pelado que afilaran la guillotina.

–¡Soy un Jacobino! –decía–. ¡No pertenezco a este club!

–¡Jacobino! –reía Nina, interpelándonos con la mirada–. ¿Qué palabreja, no? ¿Alguien sabe lo que es un jacobino? Fabrizio, que lo aprendía todo al instante, la tomó de la película y con gestos de furia se la soltó al grupo de socios: «¡A ustedes les cortarán las cabezas!».

Después, dijeron nuestras tías, él enmudeció y subieron a una anconeta y huyeron del casino; pasearon por los malecones hasta la medianoche. Naturalmente, la abuela las regañó de lo lindo. Fabrizio le pidió disculpas, lamentándose «de habernos traído tan tarde a la casa».

Claro que no todo lo que ellas evocaban se desprendía de sus recuerdos infantiles. También proliferaban los balances de sus recientes encuentros casuales. En cosa de veinticinco años, mientras ellas y él andaban por las callecitas de moda en San Isidro y Miraflores, Nina se lo había encontrado seis veces –¡seis!, rugió–, las cuales supo aprovechar para conversar unos minutos; no muchos, porque siempre lo había visto en la mañana, que las tenía ajetreadas con citas de trabajo (en tanto Fabrizio adoptaba la misma actitud relajada de los viejos tiempos, como si viviera de vacaciones.

Ni corta ni perezosa, Doris le salió al paso a su hermana con una sonrisa, e incluso aclaró que a ella también la suerte la había favorecido:

–Fueron cuatro las veces que yo lo vi, no seis. Sin embargo, no me siento en desventaja...

–¿Por qué? –la interrumpió alguien durante ese almuezo en el que todos las oían con interés.

–Porque a mí me tocó verlo en las tardes –dijo Doris–. Y eso nos dio tiempo para hablar. Además, en la última ocasión, Fabrizio no estaba solo, sino con Claudio, su hermano menor, de cuya existencia no teníamos idea.

«Te presento a mi hermano», diría Fabrizio, ceremonioso.

Trémulamente, Nina palideció.

–¿Claudio? ¿De dónde salió ese hermano?

Doris asumió un aire triunfal:

–¡Del vientre de su madre, Nina!... Cuando Fabrizio me lo presentó, resaltó que Claudio era el hombre ecuánime y comprensivo que lo sacaba de problemas. Mi impresión es que ambos son igualmente atractivos, aunque Claudio, por cierto, parece más serio y formal.

Luego, el azar ayudó a Doris: tropezó con Claudio (pero a solas), ya sea porque él trabajaba cerca del consultorio de su quiropráctico, o porque Lima, pese a sus nueve millones de habitantes, sigue siendo una aldea.

–¡Y así, queridos primos, todo cambió! –dije yo, dirigiéndome al elenco estable de sobrinos embobados con las tías–. Porque respecto a la información que ellas conseguían sobre Fabrizio, Nina perdió la delantera, y en lo sucesivo fue Doris, muy oronda, quien traía las primicias.

–Hoy tengo un chisme calentito –murmuró–, pero es preocupante.

–¡Cuenta, tía! –rogó la prima Elena–. ¡Cuenta!

Doris nos contó que Fabrizio había viajado a Houston para hacerse un chequeo general. ¿Qué se sospechaba? Nada de nada. Y, en consecuencia, la grave noticia de su diagnóstico la haría saber en el siguiente almuerzo.

–Fabrizio tiene alzhéimer –gimió entonces, desconsolada–. Claudio me lo ha dicho. Padece una variante agresiva de la enfermedad.

–¡Pero si todavía es muy joven! –dijo la abuela, atónita.

–Bueno, a partir de ahora ya no lo es –opinó el tío Lucho.

Al unísono, Nina y Doris rompieron a llorar.

–¡No puede ser! –balbuceó Nina–. ¡Qué injusta es la vida!

–¡Y todo se irá al olvido! –sollozó Doris–. Tantas cosas que sabía y tantos pensamientos hermosos se le borrarán de la mente.

Ante la inesperada desgracia, nuestras belicosas tías se unieron como nunca, y enseguida, sin mediar palabras, cesaron las hostilidades.

Entonces, de un momento a otro, el ánimo de ambas palpitó con un revuelo tornadizo y misterioso. Al principio, se mostraron deprimidas, calladas en los almuerzos, o soltando largos suspiros, como si una y otra compitieran en tristezas. Luego, tras sus visitas a la elegante clínica donde Claudio había internado a su hermano, ellas se fueron recuperando; esto es, volvieron a sonreír y, de vez en cuando, hacían una feliz observación sobre la apariencia de Fabrizio; lo seguían viendo guapo y en buena forma.

En cuanto a la clínica, según les advirtieron a Nina y Doris, era de medicina alternativa. Allí ninguna enfermedad se considera incurable, y la norma, en primera instancia, consiste en detener el deterioro con terapias que no sean invasivas, como dietas naturistas y una vigilancia del bienestar biopsicosocial y espiritual del paciente. El alzhéimer, concluyeron, daña la función cerebral cuando se reducen los niveles de un neurotransmisor, la acetilcolina, que equilibra las alarmas de la memoria, el raciocinio y el juicio. Sus médicos no descartan la farmacología, pero esa no es la primera opción; ellos prefieren la experimentación con prácticas naturistas.

–Hoy no reconoce a la gente –le contó Doris a la abuela–. Te mira a los ojos y luego desvía la mirada, como un niño que se acaba de perder; por momentos habita en otro mundo, dicen las enfermeras. Sin embargo, el médico que lo trata, un hombre parco y silencioso, nos dice que estamos entre sus visitas favoritas, sin ninguna duda. Ha visto cómo a Fabrizio se le ilumina la cara de alegría cuando llegamos. «Algo late en su interior», señala. «A lo mejor percibe lazos invisibles adonde quiere aferrarse».

–¿Es un médico confiable o un charlatán? –intervino Claudia, otra prima, que radicaba en Europa y estaba de paso por Lima.

–¡Vete a saber! –dijo Nina–. La madre de Claudio y Fabrizio tiene noventa años y se trata con ellos; cree en la medicina alternativa.

–¡Lazos invisibles! –repitió Doris–. ¡Yo también noté eso!

–¡Y yo igual! –dijo Nina–. Probablemente por ser sus amigas de toda la vida, tal como Claudio ha informado a la clínica; ahí verifican que muchos pacientes conservan más frescos los recuerdos antiguos.

–No lo dudo –admitió Doris–. Igual sucede con nosotras. Él es nuestro pasado feliz, y toda la familia sabe que nos pasa lo mismo.

Tal coincidencia aportó esperanza. De modo que, mientras Doris sacaba de su cartera un pequeño objeto de forma tubular, añadió:

–Mire, doctor... Anteayer, cuando él estaba sentado en una banca del jardín (entre nosotras, como siempre), le mostré esto a Fabrizio; su reacción fue una larga carcajada, exactamente como cuando era chico.

–Déjeme ver –dijo el médico–. ¿Es un caleidoscopio?

Nina rió.

–Sí –dijo–. El caleidoscopio que él nos regaló hace mucho.

Doris y Nina se organizaron para visitarlo. No bien se les abría un tiempo libre en sus ocupaciones, iba cada una por su cuenta, por lo que coordinaban el día para no aparecerse juntas. Volvían a verlo tan seguido como lo hacían en aquel idílico verano de Ancón. Entretanto, en cada visita, ahondaban en el trastorno que aquejaba a Fabrizio: un alzhéimer antes de los cincuenta, lo que no es común, pero tampoco una anomalía. Los médicos de Lima, en un primer momento, pensaron en un estrés con visos de surmenage. Y en Houston se deslizó la hipótesis de la demencia senil prematura. Pero tras analizar a fondo sus síntomas se le diagnosticó alzhéimer acelerado, mal que apenas le daría cuatro años de vida.

–Un alzhéimer duro –dijeron allá–. En particular, por la rápida progresión de olvidos que sufre el paciente. Pero ahora, en Estados

Unidos, hay más de doscientos mil casos y algunos se declaran a los cuarenta.

En materia de novedades, por lo demás, eso no sería todo. A las dos semanas, para nerviosismo de las tías –no para los médicos–, saltó el febril asunto de la sexualidad, un estado de excitación casi incontrolable, que, por sus características intensas, se denomina hipersexualidad. (Ciertamente, no se veía en muchos casos, aunque las fichas médicas hablaban de un 2 % significativo). Y en lo que concernía a Fabrizio, las enfermeras habían dado testimonios sobre sus apetitos, entre los cuales uno fue decisivo.

–¡Me mete la mano! –protestó una bonita enfermera–. Y lo hace a cada rato, doctor; mañana, tarde y noche. No para de tocarme el poto o las tetas. Y hay mañanas en las que entro a su cuarto para ver cómo amaneció, y lo encuentro con el miembro al aire, erguido como una palmera. Mire, he pedido mi relevo; hay una enfermera mayor que puede reemplazarme.

De todo ello, Nina y Doris tomaron nota, agrandando los ojos.

Y, acto seguido, adoptaron una actitud de inercia: no vemos, no oímos, no opinamos. «Es difícil profundizar sobre el tema», decían ellas; o tal vez quisieron decir: difícil de comunicarlo a los parientes. Por eso, intrigadas, nuestras tías habrían hablado con Claudio y con el médico parco, que les inspiraba confianza. Este, ya se sabe, no solo era enemigo de recetar sedantes, sino que también, para decirlo con sus palabras, indicaba «un tratamiento natural ortodoxo» que regule al paciente. Y esto, desde luego, bajo la orden de mantener el proceso en estricto privado.

–¿En qué consiste el tratamiento? –preguntó Claudio.

–Masajes –dijo el médico, lacónico–. Dos turnos al día, para que se tranquilice. Luego, en un mes, evaluaré los cambios en su conducta.

«¿Masajes?», musitaron las tías. «¿Es un eufemismo?». Sí. Al parecer, todo apuntaba a la masturbación, por no mencionar la perspectiva de otras fórmulas más satisfactorias. De ahí que nadie hiciera repreguntas, más aún cuando el médico fue bastante explícito al recomendar que se contratara a personal externo, discreto y especializado en ese auxilio liberador. Y de ahí, además,

que esas visitas se llevaran a cabo a puerta cerrada; media hora duraba visitar a Fabrizio cuando ponían el letrero de «No molestar».

En la clínica, digamos, los médicos y las enfermeras actuaban como si jamás les acometiera un pensamiento malicioso. Las rutinas se cumplían con normalidad, y del caso Fabrizio nada se comentaba. Igualmente, no se comentaban las visitas de las jóvenes señoras, Nina y Doris, amigas de la infancia, que se habían ofrecido a colaborar; sus visitas se realizaban de dos a tres veces por semana y bajo el mismo régimen de puerta cerrada.

(Sobre estos escabrosos detalles, eso sí, ellas no soltaron prenda en los almuerzos. Ambas hermanas lo habían acordado así, a rajatabla. Y el tema del tal Fabrizio poco a poco fue pasando a un segundo plano, y hasta un tercero o cuarto. Ni siquiera inquietaba a nadie que Nina y Doris hubieran redoblado la frecuencia de sus visitas. Ellas, cada vez más serenas e increíblemente reconciliadas, tenían una buena justificación, pues contaban con un pretexto fabuloso: las necesitaban como traductoras. Pero esa última información sí la revelaron).

–En la clínica nos lo han pedido.

–¿Quéééé? –se extrañaron varios–. ¿Y qué traducen?

–¿Interpretan los olvidos de Fabrizio? –indagó la abuela, entre ofuscada y un tanto bromista.

–No, mamá –contestó Nina–. Un nuevo declive de Fabrizio es que cada vez habla menos; hay días en que apenas dice tres o cuatro frases, pero, uf, se ha olvidado de hablar en español. Solo se comunica en inglés o francés, idiomas que conoce muy bien y que aprendió de jovencito.

Aquello sería el último pico de interés en la familia. Todos quedaron fascinados por la curiosa patología de Fabrizio, pero igualmente se mostraron admirados con la abnegada labor de Doris y Nina.

–Ayudamos en lo que se puede –terció la primera–. Yo me defiendo con el francés, y Nina, por su trabajo, domina el inglés a la perfección.

–¿Y qué dice él con sus pocas frases?

–Lo más elemental. Pide agua, o que lo lleven al baño o a tomar aire al jardín, todo en inglés; y lo que más dice es «*thank you*».

–¿A ustedes no les dice nada personal? –tanteó el tío Lucho.

(Claro que sí. Pero eso tampoco quisieron sacarlo a la luz. Fabrizio les decía algo primordial; decía lo más grato que Nina y Doris esperaban oír, aunque tal información la guardaban en reserva. Y hasta ahora sigue en reserva. Tan solo revelaban que él las miraba y pronunciaba sus nombres, ¡pues las reconocía!, especialmente en las visitas a puerta cerrada. «*Thank you,* Nina», «*Thank you,* Doris», decía bajito, hablándoles con ternura y desterrando así las penas de las tías; ellas lloraban de alegría, y, pasadas las visitas de cada una, el médico examinaba a su paciente y comentaba: «Me conmueve este hombre de ojos tristes. ¡Ahora parece tan contento!»).

Doris fue quien le respondió al tío Lucho:

–Sí, tío –dijo–. Nos dice «*thank you*», como les dice a todos; está perdiendo la memoria, pero aún recuerda los buenos modales.

Ante la mención de los modales de Fabrizio, la abuela sonrió y casi aplaudió; en cambio, la suspicaz prima Elena lanzó uno de sus dardos.

–Quiero saber algo. –Elena se aproximó a escudriñar a las tías–. ¿Se ha desmejorado el aspecto de Fabrizio? ¿Va mal su fisiología?

Se abrió un silencio y ambas hermanas menearon la cabeza.

–No, por suerte –dijo Nina–. Sigue igual que siempre.

–Así es –concordó Doris–. Todo le funciona bien, por ahora; los médicos están asombrados de su tono muscular y su vitalidad.

Lo que siguió a esta historia, en la memoria familiar, se redujo a una amena y hoy simpática trifulca entre Nina y Doris a causa de un amigo que murió joven. Fabrizio no alcanzó a vivir lo previsto; un infarto se lo llevó al año y medio. Meses después, las tías, cuya fraternal relación era más cordial que nunca, siguieron plenamente con sus vidas. Nina se prendó de un señor, divorciado como ella, y se volvió a casar. Y Doris, más suelta o menos cuadriculada que antaño, renació como una mujer libre y enamoradiza. Ambas, una vez al mes y por lo general emparejadas, se aparecían ahora en los

almuerzos de familia. Sin embargo, en el grupo de los sobrinos, la prima Elena aún prestaba oídos a un escandaloso rumor no confirmado, proveniente de la mentada clínica; este se refería a la terapia naturista que benefició a Fabrizio, pero que, por otro lado, también habría iluminado, y quizá enderezado, el destino de nuestras queridas tías.

A la abuela, sea como fuere, ya no le importa ese tema tan trajinado y se limita a alzarse de hombros. «Fabrizio fue un fantasma», ha dicho. «Mis hijas lo inventaron al recordar la edad impresionable de su infancia, y la familia se lo tomó como un delirio. Pero, bueno, las dos niñas han madurado, y hoy, por fin, saben que los fantasmas desaparecen».

# Los amores canallas

Llegué a la oficina del sujeto que me habían recomendado y, al momento de cruzar el umbral, encontré un recinto demasiado lujoso, todo lo contrario del cuchitril deprimente que había imaginado. Aquello era una amplia y moderna recepción (¡el sujeto tenía recepción!), en la que de inmediato fui recibido por una secretaria (¡además, tenía secretaria!), una chica atractiva y cortés. Ella, con una sonrisa, me invitó a sentarme en un sofá y me informó que debía esperar unos minutos. Luego preguntó si quería tomar algo; dije que no. Entonces se abrió una puerta y apareció de improviso un señor de traje y corbata: resultó ser un amigo de otros tiempos, a quien no veía desde hacía mil años. Quedé sorprendido, pues mi amigo había modificado su nombre, aunque sin necesidad de usurpar otra identidad. Según su DNI, seguía llamándose Pedro Miguel Martínez, pero antes, en el trato cotidiano, se lo conocía como Pedro; ahora, para demostrarle al mundo lo fácil que es esconderse, recurría a la estratagema de emplear su segundo nombre, Miguel, y esto le cambiaba la personalidad. Pedro, en fin, era un ser afligido y pobretón; en tanto que Miguel irradiaba alegría y, por decir lo menos, gozaba de una vida nueva y boyante.

De manera que, para esclarecer nuestra relación, señalo que el otrora Pedro y yo habíamos trabajado juntos. Cuatro años respiramos la más fea podredumbre; hablo de la corrupción política, por supuesto. A él y a mí, que entonces éramos periodistas de investigación –chicos practicantes, para ser precisos–, nos tocó el segundo Alan. Y esto, en resumidas cuentas, fue un curso intensivo: aprendimos de la miseria humana, del tira y afloja de los

informantes, de la paciencia zen para los seguimientos, o de las sombrías y necesarias evidencias que ofrecían las fotografías y los audios clandestinos; es decir, nos sumergimos en la mugre de la sociedad peruana, donde encontramos nuestra razón de ser en el ejercicio del olfato que establecía el diagnóstico y orientaba el dedo acusador. «¡Pruebas y denuncias firmes!», decíamos, sin disimular un guiño de malicia. «¡Todo servido para que editorialistas y columnistas sustenten sus opiniones!».

Miguel, o la versión mejorada de Pedro, era indudablemente el paradigma del tipo avispado. Y tenía un buen recorrido: había vivido en Lima hasta los doce años, pero migró en su adolescencia, yendo y viniendo de Nueva York a Buenos Aires, o bien de Queens a La Boca; acompañaba a su padre, hombre de negocios ingenioso y audaz, dedicado al *import business*. Regresó al Perú a los veinte y con tanta calle como la de un veterano apto para batirse en cualquier reyerta. Hablaba un inglés perfecto y un español neutro, sin acento definido, y, respecto a su estilo canchero, lo mamó en la Argentina, cuando oía por la radio a un compatriota también migrante, Hugo Guerrero Marthineitz, llamado por su público «el peruano parlanchín». Locutor estrella y hombre empático, Guerrero sabía conversar con hilaridad y sapiencia; y Miguel, cuya edad de entonces era el barro fresco en que todo joven modela su carácter, no tardó en admirarlo y coleccionar varias de sus bromas y celebrados dichos. Te invitaba un café, por ejemplo, y preguntaba: «¿Con azúcar, o mantienes la amargura?». Me cautivó aquel humor cáustico, así como su tono sencillo y cordial, y lo aprecié de inmediato.

Claro que el tiempo, gran traicionero, agregó otro componente: la frialdad. Mi amigo ya no se achicaba ante nada: todo lo que pudo haber asimilado siendo Pedro, y de lo que yo como compañero había sido testigo, parecía depurado: conservaba la cautela y el rigor profesional, aunque sin hacerle ascos a un desembozado cinismo; la secreta fama que lo precedía era la del detective que le sabía dar vuelta a cualquier problema.

La oficina de Miguel tenía todas las elegancias: alfombra, macizo escritorio de caoba, butacón de cuero, tele y computadoras de última generación, bar, confortables, lámparas de pie *art déco,* pinturas de reconocidos artistas, macetones con helechos.

–¡Qué bueno verte, Daniel! –me dijo cuando entré. Su cálido saludo incluía abrazo y ademán para que tomara asiento ante su escritorio–. Estás igualito y sin canas.

–Tú también –respondí con idéntica cortesía.

–¡No mientas, hombre! He subido de peso y estoy perdiendo el pelo.

Luego, entre las generalidades que se hablan en los reencuentros, terminé diciéndole que estaba impresionado por el decorado de su oficina.

–¿Cómo llegaste a esto? –indagué.

–Trabajando.

–Oí que habías salido del diario.

–Salí a buena hora –gruñó.

–¿Por qué te fuiste?

–No me fui, me botaron.

–¡Caray, no lo sabía! ¿Metiste la pata?

–La metí hasta el hombro: escribí la verdad; pero no hubo de mi parte nada indigno, si es lo que quieres saber. Me echaron de ahí tres años después de que tú te fueras, y ahora, como ves, sigo en lo mismo, la investigación…, pero por la libre.

–¡Y vaya que te va bien!

Él se alzó de hombros, con una mueca de modestia.

–No me quejo –dijo.

Y así, antes de pedirme que expusiera mi asunto, nos relajamos y dilató la charla, tiempo que bastó para oír que seguía viajando, aunque con otro itinerario. Desde que había fallecido su padre, iba menos por Buenos Aires, pero no se alejó de Nueva York; actualmente, se movía entre la ciudad de los rascacielos y la Lima de los virreyes.

–Dos oficinas –reveló en tono confidencial, bajando la cabeza–. Tengo una allá, otra aquí; esta es la chica, consagrada a los casos especiales. Y para el trajín de las pesquisas cuento con bravos

muchachos. Mira, yo solo vengo a Lima para ver a la familia; hoy me encuentras porque mañana iré a la boda de mi sobrina… ¡Naturalmente, la oficina de Nueva York es otra cosa! ¡Allá las oportunidades van viento en popa!

A sus cincuenta y pico años, Miguel era un triunfador que, a diferencia de otra gente encumbrada, sabía ser precavido: evitaba a la prensa. «¡Nada de salir en los diarios y la tele!». De modo que, cuando nos sentamos, repitió su máxima favorita:

–¡Acuérdate de desconfiar! –dijo–. El perfil bajo es el respaldo de una buena reputación; nadie te envidia ni hostiga, nadie está hablando de tus andanzas, ¡pero, cuidado, no me refiero a una discreción absoluta! No habrías venido si yo estuviese bajo tierra… Sin embargo, ando medio escondido, y tú lo sabes; al llamar a esta oficina dejaste tu nombre, Daniel Flores, sin aludir a nuestra amistad, por lo cual supe quién eras y, además, me confirmabas que habías caído en la trampa: debías suponer que yo era un extraño, no tu amigo Pedro. Es lógico; mi apellido Martínez es común y a ello se debe tu obvio despiste. Pero vamos a lo que iba: ¿no sientes que vives muy expuesto? –Y enseguida empujó hacia mi lado de su escritorio una carpeta que contenía pliegos con notas y fotografías–. Mira adentro: toda esa información es sobre ti y tu socio, Leonardo, y sobre los restaurantes de los que son dueños; e incluye la gastronomía *gourmet* que vendes a la clientela. Reconozco que en tu negocio la vida pública es obligatoria: necesitan estar en el ajo, figurar, anunciar los platos… Pero… ¡Peeero!…

Me inquietó su forma de alargar la letra «e» en aquel «peeero» que me sonó a advertencia, y luego, lógicamente, la conversación tomó otro rumbo.

–¿Por qué has hecho esto? –pregunté.

–¿Qué, Daniel?

–Investigarme.

–No te investigo, te estoy cuidando. ¡Lo hago por amistad! Y es por eso que mis muchachos te sometieron al protocolo básico: esbozaron un retrato de ti. Nada exhaustivo, desde luego; tan solo una ligera inmersión en las redes y archivos de diarios que me diera un resumen público de tus últimos años de vida, fuera de hacer un

par de visitas a dos de tus restaurantes… en calidad de simples comensales.

El flamante Miguel no perdía sus viejas costumbres.

–No cambias –comenté–. Siempre vas un paso por delante.

Un rato después entramos en materia; esto es, comencé a hablar con cierta incomodidad y repentinamente solté mis asuntos privados. No sé qué ocurrió; sentí que me debía desahogar, como si de pronto estuviera en un confesionario. Arrellanado en su butacón y con gesto impasible, Miguel se hundió en un impecable silencio y puso la mirada adormilada, asintiendo con la cabeza en plan indulgente, o quizá, nunca se sabe, resignándose a tener que encubrir el agobio de oír siempre el mismo rollo.

–Algo anda mal –le dije–. No sé si me roban o es algo peor. De cualquier forma, me avergüenza sospechar de gente tan cercana…, tan querida…

–¿De quién sospechas?

–De mi socio, y también… de Lorena, mi mujer.

–¿Ah, sí? ¿Hay un vínculo entre Leonardo y tu mujer?

–Un lazo laboral y amical, podemos decir. Leonardo le dio la idea de trabajar con nosotros, cuando ella se dedicaba al paisajismo de jardines (siete años estuvo en esa faena hasta que se hartó). Y un día, cuando conversábamos los tres, él le propuso a ella que manejara las fiestas y eventos especiales de nuestros restaurantes. Pensé que sería algo pasajero y se hartaría igual; no obstante, pronto nos sorprendió con lo bien que lo hacía. Este año Lorena le ha dado un gran dinamismo a los locales.

–Todo indica que es una mujer interesante.

–Más que interesante.

–¿Y la quieres como dices?

–Mucho.

–De acuerdo… Volvamos a las sospechas. ¿Te basas en un punto concreto?

–No. Solo en presentimientos… Oscuros presentimientos… Pero, bueno, esto no es poca cosa; siempre he sido acertado en mis

presentimientos.

Miguel, que permanecía quieto, frunció el entrecejo, como quien ha despertado de un mal sueño. Luego, inclinándose hacia mí, sondeó con precaución.

–¿Estás seguro de lo que me pides?

–Sí –repuse, tajante.

–Puedes enterarte de cosas que no te gustarán.

–Lo sé. Pero estoy dispuesto a tragar miserias.

–Vale. –Resopló dos veces seguidas–. Dame unos días para hacer vigilancia y seguimientos, y déjale a mi secretaria un teléfono seguro. Te llamaré.

–Gracias, Miguel. Pero hay una última cosa… ¿Cuánto costará la gracia?

Mi amigo abrió afectuosamente sus brazos, magnánimo.

–¡No te preocupes de eso, Daniel! –dijo–. Para los amigos hay tarifa preferencial, así como la garantía de que tus secretos quedarán bien guardados.

Pasó una semana sin que tuviera noticias y llamé a su secretaria. Le pregunté: «¿Todo bien?». Ella contestó con el tono monocorde de las grabaciones: «Están trabajando, señor. Quédese tranquilo. Le avisaré en el momento oportuno». Entretanto, por hacer tiempo, o bien por aplacar la incertidumbre, me eché a recordar los pasos previos antes de que acudiera al despacho del próspero Miguel, suplantador de Pedro.

Un abogado, amigo de un amigo, me lo recomendó: «Es un profesional acucioso», dijo, rotundo, «de esos que al husmear en la vida ajena exploran hasta la ropa íntima. Más claro: es una fiera. Mis colegas de varios estudios utilizan sus servicios, especialmente en esta época en que se destapan escándalos; no obstante, Miguel acepta pocos casos; elige con cuidado, porque le gusta ser eficiente. Además, si bien es un tanto primario, defiende de corazón lo que cree justo, sin que lo intimiden las reglas». Y agregó, sarcástico: «Pero es serio, al decir de sus clientes. Solo le gustan dos cosas: el

dinero y el dulce de leche… Como detective, en todo caso, no te defraudará».

Días después, para tantearlo, le conté a Miguel la opinión del abogado.

–Abogaducho –regañó entre dientes–. Solo le faltó insinuar que soy un perfecto desalmado, pero no es así, tú lo sabes. Muchos, a veces, me ven como alguien inescrupuloso y se equivocan: hago lo que *se debe hacer*, nada más. Mira, Daniel, si Winston Churchill tuviera que presentarme, diría lo que dijo de un amigo suyo: «Tiene todas las virtudes que no gustan a la gente, y ninguno de los vicios que admiran».

Me reí con ganas. Y otra vez, como los amigos que éramos, nos reímos juntos y le di una palmadita. Ya no dudé de que Miguel, mal que bien, era una buena elección.

Llegado el décimo día timbró mi teléfono. Llamaba la secretaria de Miguel y me preguntó si podía ir a la oficina al día siguiente, a las cinco de la tarde. Dije que sí.

–Hermano, me quedé en Lima por tu caso. –Miguel me ofreció un whisky, asegurándome que lo iba a necesitar. Nos habíamos sentado en el sofá más cómodo de su oficina, y aquella vez manoseaba una abultada carpeta–. Es muy fuerte lo que hemos descubierto, así que procura reforzar tu ánimo, Daniel, dado que a la verdad hay que retarla y jalarle las patas… ¿Por dónde empezamos? ¿Por las fotos o los audios?

Bebí un sorbo y tomé aire.

–Por las fotos –repuse, trémulo. Y por ello, creo yo, me hice el gracioso–. ¡Una puta imagen vale más que mil palabras!, como decía el cliché de los viejos tiempos.

Entonces, empezó el desfile. La primera foto mostraba el primoroso escenario de una cafetería de moda en San Isidro. Sentadas en una mesita al aire libre, Lorena y dos de sus amigas charlaban y reían a carcajadas; una de las amigas era Alessandra, a quien yo conocía, y «cuyo joven marido», enfatizó Miguel, «se acuesta con tu mujer».

–¿Qué? –balbuceé–. ¿Hablas de Pipo?

–De Pipo, sí –confirmó Miguel–. Pipo Noriega, un exitoso inversionista de la bolsa, según mis muchachos. –Y sacó tres fotografías de una pila sujeta con ligas.

Me hubiese gustado decir que di un respingo, pero en realidad tuve un mareo instantáneo y la saliva se me secó en la garganta. Lorena y Pipo, abrazados, se besaban apasionadamente; era una foto nocturna y captada entre los arbustos de un jardín. Y en las otras imágenes que contemplé, ¡demonios!, venían las cerezas envenenadas; una de ellas enfocaba la ventana de un bonito edificio donde distinguí la silueta de Lorena.

–Ahí se consumaron los hechos –dijo Miguel.

Tomé la foto en mis manos y la analicé al detalle. Se veía borrosa por la distancia o el vidrio empañado de la ventana, pero vista con una lupa me di cuenta de que Lorena tenía la blusa abierta y sonreía. Luego observé otra foto: ella salía sola del edificio y lucía radiante y guapísima.

–Y ahora viene lo duro –prosiguió, apenado–. Tres al hilo.

–¿Tres al hilo?

–Exacto, Danielito.

–¿Qué quieres decir? ¿Tres citas en solo diez días?

Miguel negó con la cabeza y me tomó de un brazo, a fin de calmarme.

–No, Danielito –explicó lentamente–. No se trata de tres citas con Pipo, sino de tres hombres más. Hasta donde hemos averiguado, tu mujer tiene cuatro amantes.

Se abrió un silencio; ignoro cuán breve o largo, pero luego exclamé:

–¿Cuatro?... ¿CUATRO?

–Así es... Tenemos nombres, videos y fotos, y también algunos audios… Aunque a mi criterio eso no es lo grave…

–Sigue, por favor –exigí asombrado, o quizá horrorizado.

–Lo grave…, ¡y lo feo!…, es que su cuarto amante es Leonardo, tu socio. Y a juzgar por sus conversaciones grabadas, presumimos que ocultan asuntos de dinero.

Esa última revelación fue la puntilla. Sentí que mis sueños naufragaban en un desastre patético. Parecía unos de esos enredos de la prensa populachera, que llevan un titular ominoso: «Seño estafadora lo engaña con cuatro». Iría directo a la deshonra.

Por fortuna, no fue así. Tras beber un segundo whisky («que te sirvo doble por las circunstancias»), Miguel, como un curtido tramitador que repite sus consejos, dio cuenta de *mis* opciones. (No incluía la vía pacífica, que, según él, no era real y acarreaba una montaña rusa de papeleos). Y, acto seguido, mostró su cara oculta; describió dichas opciones con bochornosos adjetivos: «Una es escalofriante, otra asquerosa, otra miserable, otra equívoca». Él se apresuró en descartar las dos primeras, que rechazaba de plano.

–Yo no mato a nadie –me aclaró–, el asesinato no va conmigo, porque, tal como lo sabes, soy un hombre íntegro y de principios, es decir, respeto los límites.

Y por si no me hubiera quedado clara su posición, argumentó:

–No mato, te digo, aunque en ocasiones valdría la pena hacerlo, ya que hay líos que atormentan a la gente el resto de su vida… Pero… ¡Peeero!… ¡No desdeño un remezón o una buena paliza! Después de ese tratamiento, las personas pisan tierra y recapacitan; hablo de una paliza disfrazada de imponderable, o de cosas que le suceden casualmente a todo mortal. Por ejemplo, un accidente. Hablo de una *solution mix,* mezcla de miserable y equívoca, pero bastante decente, si se quiere. Suele resultar muy efectiva, aparte de que evita los divorcios peleones y jamás incrimina al cliente.

–¿No te parece excesivo?

–No.

–¿Y qué es lo que estás pensando? –inquirí, anonadado.

Miguel se acomodó en el sofá, satisfecho por lo que implicaba la pregunta y por saberme dispuesto a oír sus planes que debían zanjarlo todo y encauzar mi futuro.

–Vamos por partes –dijo–. Pero antes que nada dame una pequeña información sobre los carros de tu casa: ¿están asegurados?

–Sí –repuse (confundido, desconcertado, o sabe Dios qué gesto tendría).

–¿Hace poco, o no bien fueron comprados?

–Los carros salieron a la calle estando debidamente asegurados.

–Eso es bueno; no habrá suspicacias.

–No te entiendo.

–Te lo explicaré después, Daniel. Ahora vayamos al grano: tenemos que atacar en tres frentes. Primero, haz una supervisión exhaustiva con el contador de tu empresa, o bien cámbialo; ese tema es esencial, y lo puedes comenzar desde mañana mismo. Segundo, tu mujer sufrirá un accidente automovilístico: será grave, aunque no tanto; se le romperán algunos huesos y podría pasar meses en una clínica. Como has confesado que la quieres, te garantizo que la podrás conservar, si lo deseas. Pero, sea como fuere, ella va a sobrevivir y quedará entera, aunque siempre hay un margen de mala suerte; me refiero a la *praxis* deficiente de los médicos, no al trabajo de primera que hará el chofer especialista que voy a contratar; él chocará el auto de tu mujer y fugará. Y, por último, el tercer frente: nada de sicarios limeños; el chofer será un neoyorquino, un amigo que me debe favores y al que le gustará venir al Perú; querrá conocer Machu Picchu.

No puse objeciones. Y él habló y habló, ininterrumpidamente, como un *podcast.* Y yo, ¡joder!, lo oí con suma atención. A esas alturas, no solo temía las primeras planas de la prensa popular, sino algo peor: una atmósfera de conspiración criminal. Dándome un rol encubierto, Miguel me estaba sumergiendo en una sórdida película policial de serie B.

En algún momento, eso sí, mostré preocupación y le pedí que me diera más referencias de su amigo, el chofer neoyorquino que destrozaría el Audi de Lorena.

–Buen muchacho –dijo–, aunque tiene un defecto: le gusta perder dinero en Las Vegas. Fuera de eso, está bien cotizado como actor profesional; es un doble de escenas de riesgo y un experto en destrozar carros con choques espectaculares, y además cuida al milímetro el control de daños. Mis muchachos lo proveerán de un carro recién robado y se lo entregarán veinte minutos antes del

«accidente». De otro lado, él llegará aquí como turista, se irá a Machu Picchu y, al volver a Lima y ya con el pasaje a Nueva York para ese día, le quitará las ganas de rumba a tu mujer.

Hubo otros aspectos menores de su *solution mix*, pero creo que volverían farragoso este relato, de modo que prescindo de señalarlos o dar alguna explicación. Y en lo concerniente a sus honorarios, diré que cobró bien, aunque sin exagerar; me pasó una cuenta que subió «un poquitín por los gastos», dijo, «pero reconocerás que se hizo un trabajo fino, casi artístico; nadie duda del accidente, nadie recela de nadie».

Piernas rotas y enyesadas, heridas en el rostro que un hábil cirujano plástico puede ir borrando paulatinamente. Para las primeras semanas le prohibieron las visitas, y para las siguientes solo recibió a dos amigas, descontándome a mí, por supuesto, que la atendía algunas noches y le traía todo lo que necesitaba; los otros turnos los cubrían su madre y su hermana. Un día vi que tenía unas estampitas de la Virgen María en su mesa de noche. «¿Quién trajo esto?», pregunté. Ella respondió: «Mi mamá. Le han dicho que podría quedar coja y por eso reza a diario el rosario». Y acerca de sus amantes, ninguno se asomó por la clínica; ni siquiera Leonardo, que tenía la coartada de ser amigo y compañero de trabajo, pero al menos preguntaba por ella y mandaba saludos.

Finalmente, trabajando junto con un nuevo contador, verifiqué que no había desfalco. Eso fue un alivio. Pero olía a mala onda, así que le pedí a Leonardo que me vendiera su parte del negocio. «¿Por qué?», se sorprendió. Mirándolo directamente a los ojos, lo cuadré: «Tú sabes por qué, ¿no?». De inmediato le ofrecí un precio justo, que él aceptó, y busqué a una sustituta de Lorena para los eventos; es decir, limpié la casa.

Hoy, tras dos años del accidente, sigo con Lorena. No quedó coja, como temían los pesimistas, pero sí lamentando sus cicatrices, que, espero, la ayudarán a recordar y a poner sus sueños en perspectiva. Como mujer, sigue siendo bella; y como persona ha crecido

enormemente: es menos egoísta y más llevadera, y, lo mejor de todo, ha recuperado su amor por los jardines; tiene ahora un vivero y parece feliz. Y si bien no sé qué diablos siente ella por mí, yo sí sé lo que siento: la necesito cerca.

En cuanto a Miguel, quien ya me resulta un cavernario (tanto como yo, a decir verdad), lo veo poco. Viene a Lima cada cinco meses, y solo por unos días. Pero siempre me llama, contento, y enseguida quedamos para almorzar. Yo lo invito a mis restaurantes, le ofrezco banquetes, pero él se resiste a la vida pública. «Me debo a mi perfil bajo», dice. A fin de cuentas, terminamos celebrando almuerzos furtivos en su oficina, donde nos sirven el mismo menú: bife jugoso a la plancha y ensalada, y de postre panqueques con dulce de leche. Y acota: «Soy típico hasta para comer».

En el último almuerzo, que estuvo bien rociado, lo interrogué:

–¿Quiénes somos tú y yo, Miguel? ¿Somos gente normal?

En una fracción de segundo, él comprendió que aludía a Lorena y al accidente, y enarcó una ceja poblada al momento de contestarme:

–Ni más ni menos que otros que van por ahí muy elegantes.

–¿Crees entonces que todos ellos ocultan algo? –insistí.

–No me cabe duda; yo vivo de eso que ocultan.

–De cualquier modo, todavía no me libero –dije con inquietud–. De vez en cuando me abruma un alud de interpelaciones: ¿por qué Lorena se comportó así conmigo?, me pregunto a mí mismo. ¿La había decepcionado? ¿Se dio cuenta de que yo no era el hombre con el que quería vivir el resto de sus días? ¿O acaso nunca me amó?

–¡No le des más vueltas, Daniel! ¡Actúas como un tío desconsolado! ¡Tú no eres así! ¿Qué te parece si ahora soy yo el que hace las preguntas? Te haré tres preguntitas simples y puntuales… Va la primera: ¿ustedes salen de viaje?

–Sí –murmuré–. De dos a tres veces al año.

–¿Ella se ríe seguido?

–Ríe, ciertamente; ríe bastante a menudo.

–¿Y la notas aburrida?

–No, jamás se aburre. Tiene muchas cosas que hacer.

–Bueno, Danielito, si ella viaja, ríe a menudo y no se aburre, te doy una noticia: esa es la forma en que aquí, y en todo el planeta, se manifiesta la felicidad de la gente. Y para redondear el tema, te planteo otra pregunta de orden personal: ¿has vuelto a sentir esos oscuros presentimientos que te trajeron como un sonámbulo a este despacho?

Sacudí la cabeza, sonriendo.

–No –dije.

–Magnífico, querido amigo. Esto es lo más grato que me has dicho: tu mujer viaja, ríe y no está aburrida, y tú andas tranquilo y no te carcomen las sospechas.

–Es cierto, estoy requetebién.

–Me alegro. Pero, ya sabes, si de pronto te regresan los presentimientos, aquí estoy yo, a la orden. Las cosas se arreglan.

–Lo sé. Eso me reanima, hermano mío.

Y al momento de salir, detenidos en la puerta de su oficina, él me dio una nueva respuesta sobre nuestra supuesta normalidad; aflautando la voz, la definió sin subterfugios:

–Somos normales, Danielito –dijo–, pero tenemos rasgos anticuados; hablo del estilo de vida que ha sobrevivido miles de años en diversas civilizaciones. Tu mujer requería de un correctivo; bueno, lo ha recibido y vive bien, ¿no crees? A lo mejor tú y yo estamos fuera de contexto, porque el mundo ha cambiado; cambia en cada época, por revoluciones, nuevas costumbres, modas… ¿Entiendes hacia dónde voy?... ¿Somos normales? ¡Totalmente!, respondo. Pero también somos duros. Y previsores. Queremos a nuestras mujeres: tú quieres a la tuya, yo quiero a la mía, y disfrutamos de la familia.

II

# Noches de bohemia en Lima

Tengo setenta y dos años al momento de escribir esta nota y lo que hoy puedo decir sobre Lima, en tanto territorio de mi infancia y juventud, se reduce a un manojo de recuerdos vívidos y una que otra postal amarillenta. Aquella Lima, ciudad enclavada en un florido valle y que Sebastián Salazar Bondy definió como «una tregua en el desierto», ya no existe; el desierto ha desaparecido del entorno, tras dar cobijo a las sucesivas olas de migrantes del interior. Y en cuanto a su paisaje de antaño, pleno de «acequias rumorosas», ha sido también desfigurado por el incremento de barrios de una gran clase media, cada día más dominante. Cuando yo nací, en 1949, la población no llegaba al millón de habitantes –en 2021 tiene alrededor de diez millones–, y la impresión que retengo de esos días es la de haber vivido en una ciudad pequeña y simpática, que atesoraba su raigambre virreinal y exhibía con orgullo una lenta pujanza de renovación: el Hotel Bolívar, el jirón de la Unión, el Paseo Colón, o bien los cinemas, los tranvías, las tiendas elegantes, las heladerías de moda; la moderna escalera mecánica de las Galerías Boza, la única de entonces, era la gloria.

Había, por supuesto, otros escenarios prósperos, lejos del centro de la ciudad: la avenida Salaverry, con sus palacetes cuya vida espléndida ha descrito para siempre Bryce Echenique en *Un mundo para Julius*, y que conducía hacia los distritos de San Isidro y Orrantia del Mar, así como la avenida Arequipa llevaba al sosiego de Miraflores, Barranco y Chorrillos, o la avenida Brasil, a Magdalena del Mar. La ciudad abandonaba la vera del río Rímac y, como si buscara

paz, se extendía a la costa. El viaje que más me gustaba, sin duda, era el que se hacía en tranvía y nos trasladaba a La Punta, encantador balneario vecino al puerto del Callao. Uno atravesaba enormes llanuras salpicadas de pastizales, y solo veía, en las cercanías de las avenidas Colonial o Argentina, sauces solitarios, establos de vacas, o bien unas pocas fábricas dispersas que en toda urbe surgen en la periferia. No asomaban aún las unidades vecinales ni más lejos, en el desierto, se establecían las barriadas, término peyorativo que durante el gobierno militar de Velasco Alvarado fue cambiado por el de pueblo joven.

Vista con indulgencia, la pobreza rondaba en menores proporciones, pero se disimulaba, tal como Julio Ramón Ribeyro nos lo refirió en varios de sus cuentos; y si esto no se podía, los limeños, derrotados, zozobraban en los tugurios. Así las cosas, Salazar Bondy tomó la posta: se lanzó a husmear en los zaguanes de varias casonas en ruinas a fin de desnudar lo que muchos no querían ver, a la vez que fustigaba la mentalidad limeña emanada de su herencia colonial, y señalaba como subsidiario de esta a Ricardo Palma, cuyas tradiciones la ensalzaban. Acto seguido, escribió un ensayo en tono de diatriba, desmitificando la capital del Perú como tierra modélica y promisoria, y, para que no quedaran dudas, le puso por título el perentorio denuesto del poeta César Moro: *Lima la horrible* (1964).

Bueno, no era tan horrible, en verdad, pero pronto lo sería.

Lima mantenía todavía una magia secreta: la noche.

La noche de Lima, o al menos la que yo conocí a mediados de los años sesenta, era ideal para cualquier ceremonia de transgresión, habida cuenta de que la ciudad diurna era formal, conformista, mojigata (la gente, educada y circunspecta, vestía a diario saco y corbata, y no se perdía la misa del domingo); o era, si se quiere, la opción más entusiasta para vivir a contracorriente de las convenciones y disfrutar abiertamente de una bohemia satisfecha de sí misma. Chicos y chicas, con ojeras y caras de sueño, paseaban por las calles, donde todo quedaba cerca: los cafés y los bares, los teatros y los cines, las *boîtes* y los billares, e incluso las

universidades –San Marcos y la Católica se encontraban a seis cuadras de distancia–, y, en ese tráfago urbano, se confundían con otras tribus de noctámbulos: trovadores, poetas, artistas plásticos, así como el elenco estable de conspiradores, estriptiseras, borrachos y locos sueltos.

(Incidentalmente, la palabra *bohemia* la descubrí a mis siete años, cuando oí por la radio a un virtuoso de la guitarra clásica y pregunté a mi madre si podía conseguirme ese instrumento y un profesor que me diera clases. Dos tías fueron testigos de tal afán. Mirándome preocupadas, ellas no tardaron un instante en dar consejos a mi madre: «Aleja la guitarra de este niño», le cuchicheó la más adusta. «Después se volverá un bohemio». Mi madre se llevó un susto y, en definitiva, nunca toqué guitarra).

Por aquella época dicha palabra cumplía en el mundo cien años de francachelas; como primera acepción, evocaba las penurias gitanas, al igual que su alegre vida desordenada, aludiendo a la región de Bohemia, en el país checo; como fenómeno sociológico, protagonizado por escritores y diletantes, describía un estilo insumiso que había irrumpido en París a mitad del siglo XIX, y que recibiría carta de ciudadanía tan pronto apareció *Escenas de la vida bohemia* (1849), obra autobiográfica del parisino Henry Murger, autor consagrado con un busto que se puede ver en el Jardín de Luxemburgo. Los bohemios privilegiaban la cultura antes que cualquier otro menester. Prototipos de aquella conducta fueron Baudelaire, Gautier, Musset, Verlaine y Rimbaud. Y más tarde recalaron otros dueños de la noche: los pintores Toulouse-Lautrec y Amedeo Modigliani.

El primer bohemio que conocí fue Martín Adán. Era un viejo poeta de quien se decía que entraba y salía de manicomios, y que, por lo general, componía versos herméticos y de profundidad filosófica. Enfundado en un roñoso terno oscuro y tocado de sombrero borsalino, solía deambular por las calles del centro con aire distraído. Una tarde, justamente en la esquina de Quilca y Amargura, se detuvo a hojear un libro. Yo iba en compañía de tres estudiantes de la Católica, y uno de ellos lo reconoció y saludó con veneración, disculpándose por interrumpir sus pensamientos y dándole el trato

de «gran poeta peruano». Martín Adán miró hacia Quilca, donde al final de la calle un sol rojizo se hundía en el horizonte, y dijo:

–¿Ven ustedes el crepúsculo allá a lo lejos?... Eso es lo que más se me parece. –Y, llevándose una mano al ala del sombrero, se marchó.

Ya entonces corría la leyenda de que Martín Adán y el poeta *beatnik* Allen Ginsberg se habían reunido en el bar Cordano. La tribu *beatnik*, a criterio de las nuevas hornadas de escritores, parecía obrar como una actualización del vitalismo desbordado y la marginalidad; traía, de hecho, una bohemia que incluía bluyín, autoestop y desesperación.

El espíritu *beatnik* influyó mucho entre los poetas de los setenta, entre ellos Enrique Verástegui, que después de publicar su excelente *En los extramuros del mundo* terminó igualmente visitando manicomios. La poesía de Verástegui, junto con la de Watanabe y Sánchez León, mantiene su frescura y trascendencia, y destaca entre las mejores de su generación.

Verástegui, eso sí, no era el único en padecer trastornos. Se hablaba igualmente de otro joven poeta, Guillermo Chirinos Cúneo, cultor del desenfreno y perteneciente a una generación anterior. Su único libro, *Idiota del Apocalipsis* (1967), había impresionado por sus ecos del Conde de Lautréamont y, sobre todo, por el tempestuoso carácter monomaníaco del autor. El poeta Rodolfo Hinostroza, que lo conoció, dio cuenta de un suceso que ya anunciaba su perturbación. Sobre ello, Hinostroza escribió: «César Calvo y Juan Gonzalo Rose, para bajarle los humos a Guillermo, que se sentía un genio, le habían dicho que había un joven poeta mejor que él, que ya iba a regresar de Cuba para destronarlo», y mencionaron los poemas de *Consejero del lobo* (La Habana, 1964). De modo que, cuando Hinostroza llegó al Perú, Guillermo, celoso de su rival, lo buscó. «Y subió a mi piso, y en lugar de sentarse en la silla que le ofrecí, comenzó a dar vueltas por la habitación, husmeándolo todo, como un sabueso, sin decirme nada. De pronto vio mi máquina de escribir dispuesta sobre la mesita y me preguntó: "¿Con esta máquina escribes tus poemas?", y como yo le respondiera afirmativamente, se acercó a ella, y antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, la

levantó con las dos manos por encima de su cabeza y, con una mirada de loco, la estrelló contra el suelo».

La nocturnidad de esta bohemia, al igual que la de sus insignes antecesores, pretendía llegar a los límites de la cordura. Pero la mayoría se andaba con cuidado: una cosa era acercarse a la locura y otra quedarse en ella. Lo provechoso, desde luego, era huir de los guiños de Antonin Artaud y buscar más bien un desarreglo divertido, vecino a la irreverencia y el escándalo. A ese respecto, en nuestras concurridas charlas de café, el fantasma de Abraham Valdelomar se desdoblaba y presidía todas las mesas. Sin tan ilustre escritor, que para mayor gloria murió en una eterna juventud, habríamos estado desamparados. Valdelomar, el ingenioso decadente del Palais Concert o el disoluto de los fumaderos de opio, era la antorcha que guiaba nuestros desvelados sueños en las tinieblas.

He oído en esas charlas pilas de anécdotas sobre los poetas del grupo Colónida, o bien del gran César Vallejo y José Carlos Mariátegui, pero también de otros vates que Valdelomar admiraba, como José María Eguren; todos tenían velas encendidas en las mesas de los cafés. ¿Y qué cafés eran estos? Digamos que había para todos los gustos y bolsillos.

Los cafés de mis primeras incursiones fueron de un sofisticado estilo europeo: el Versalles, que quedaba en el portal izquierdo de la plaza San Martín, y el Tívoli, en La Colmena, avenida con pretensiones de bulevar parisino, en las inmediaciones del Grill Bolívar. Sentado a sus mesas, tuve noticias de la «poesía pura» (Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren) y la «poesía social» (Alejandro Romualdo, Washington Delgado), dos vetas divergentes e igualmente admiradas en nuestra lírica de los cincuenta.

La Colmena, por cierto, la conocía de toda la vida. Yo había estudiado en el colegio La Inmaculada, a una cuadra del Mario, café y *trattoria* que fue el primer local de la ciudad que puso un televisor en su salón, y adonde íbamos a curiosear los alumnos, todos rigurosamente de saco y corbata; el Tívoli, local con grandes

ventanales, manteles a cuadros y triangulares ceniceros Cinzano, quedaba un poco más allá.

Luego, movido por el azar, la noche me arrastraba de café en café, o de sótano en sótano, o de antro en antro. El café Dominó, donde veías en las paredes dibujos de Sérvulo Gutiérrez, era frecuentado por pintores, lo mismo que el Viena, sito en Ocoña; el Zela, café y bar, tenía como habitués a José María Arguedas y al arpista Pelayo Vallejo; el América y el Bransa reunían a músicos y actores; y el café Edén, al lado del Teatro Segura, a toreros y cantantes de zarzuelas. En cuanto a las cantinas, las más concurridas eran el Múnich, el Palermo y el Queirolo; y las más cutres, el Wony, un chifita alicaído, y La Llegada, antro de borrachos y juerguistas. Por contraste, el lugar más elegante era el bar del Hotel Bolívar, famoso por su pisco sour catedral; más tarde, aquel cálido local, colmado de maderas, bronces y cueros, fue destruido para dar paso a un McDonald's.

Los bares y los cafés, a diferencia de la universidad, prometían un circuito paralelo donde se hablaba de ¡libros imprescindibles!, que, si no habías leído, merecías el desprecio. Lectores apasionados de *Cumbres borrascosas* o *Viaje al fin de la noche* dictaban cátedra y, al día siguiente, todos buscaban esas novelas y las devoraban; semanas después estabas apto para opinar y discutir. Y no había pausa: proliferaban los retos. Recuerdo a un esnob que se negaba a hablar con todo aquel que no hubiera leído a Joyce y Proust. Recogido el guante, descubrí entonces un libro genial, *Dublineses*, y también el *Ulises*, que leí salteándome las partes tediosas. Proust, en cambio, dejó a varios fuera de combate; a mí, lector tenaz, me bastó alcanzar hasta el tercero de los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, novela sabia y morosa, con más de tres mil páginas, donde conseguí sumirme en el goce de la belleza verbal y los largos bostezos.

(¡Que los cultores de Proust perdonen el sacrilegio!, pero vaya en mi descargo que, en aquella orgía lectora, yo ya disfrutaba las obras diáfanas de Stevenson, Hemingway y Scott Fitzgerald, y, sobre todo, las sombrías y trepidantes novelas negras: McCoy, Cain, Hammett y Chandler).

A esas alturas, naturalmente, conocí a escritores peruanos, tanto de Lima como de provincias. No a todos, claro; a muchos los conocí de oídas, y a otros los vi de lejos. Tomó un tiempo –ya con el pelo largo y la facha desaliñada– cruzar palabras con Julio Ortega, Antonio Cisneros, Luis Hernández y Mirko Lauer, entre otros; y luego, al salir de viaje, visitar a quienes vivían en Europa, con bohemia o sin ella, siguiendo los pasos de Vallejo y de los novelistas americanos de la generación perdida. Vargas Llosa, se decía, era un confeso antibohemio; dosificaba al máximo el rito de irse de copas. Bryce, un bohemio militante. Ribeyro, un bohemio con descanso médico. Mientras tanto, en nuestra aldea, la experiencia foránea daba lustre. Ese criterio, aunado a otro sobre «la ventaja de la distancia para escribir sobre tu país», generó una polémica entre Julio Cortázar y José María Arguedas, que abatió al peruano y, según algunos, contribuyó a su suicidio.

Los cafés y bares, en todo caso, no lo eran todo. También había sótanos dedicados a actividades culturales, como el Club de Teatro (bajo el cine Le Paris y frente al Café de París), o sótanos lúbricos: el Tabaris y el Embassy, cuyas sesiones de estriptís y danzas exóticas causaban furor; y hasta existía un humeante sótano existencialista, una cueva de jazz en toda la regla, el Negro Negro, con pianista negro e invidente. Penetrar ahí, luego de leer *La náusea* y *El extranjero*, te otorgaba un aire cosmopolita.

Y, para la jarana criolla, cuándo no, podías acudir al Cercado y, entre otras peñas, aterrizar en el Club Felipe Pinglo Alva, donde vibraban los valses y las polkitas, y cuyo ambiente era la cundería de La Victoria y Barrios Altos, o al Karamanduka, bajo la batuta de Piedad de la Jara, donde el «*tout* Lima» se volcaba a una suerte de bohemia chic, que, para Manuel Scorza, constituía la «Capilla Sixtina del criollismo». El Karamanduka mudaba de sede cuando le subían el alquiler; que se sepa, hubo dos en la avenida Arenales, otro en Wilson, otro en el Mesón de la Plaza de Acho, otro en la Bajada de Baños de Barranco y dos más en Miraflores.

La bohemia era pasar la noche en blanco. Ver clarear el día con una copa en la mano y una frase demoledora a flor de labios. Y, también, era un tumulto de jóvenes desconocidos, con expectativas

de ser «alguien»: todos narcisos florecientes y dispuestos a vender cara su vanidad, mientras disertaban citando a Bergman y Godard, Balthus y Chagall, Stendhal y Malraux, o mientras forjaban sus ilusiones y se divertían a rabiar. La vida, además, ya empezaba a ser un pretexto para escribir novelas.

En aquel torbellino, den por descontado, yo iba componiendo, noche tras noche, un catálogo de gente peculiar: tipos raros. No necesitaba buscarlos; se te aparecían de pronto, a la vuelta de la esquina. Uno de ellos, a quien conocí en un bonito café vecino al Hotel Crillón, era un personaje enigmático y de aspecto estrafalario, alto de estatura y con una abundante melena engominada, peinada hacia atrás. Se llamaba Coco Sattui. Lucía la piel empolvada, blanca como la nieve, y usaba delineador negro en los bordes de los ojos y un toque de carmín en la boca. Vestía de oscuro y adornaba sus manos con anillos de aguamarinas y rubíes. Era, en efecto, un homosexual desafiante en aquel tiempo de machismo desaforado. De él se decía que solo pisaba la calle de noche, ¡jamás de día! Otros rumores destacaban que era un pianista eximio, devoto de Chopin y Debussy, y que, como los vampiros, se daba baños de luna. Yo estuve una vez sentado a su mesa, invitado por dos de sus acólitos, dos pálidos muchachos tan jóvenes como yo y que parecían como hipnotizados; a lo mejor lo estaban. No los conocía. ¿Y por qué me invitaron? Probablemente, me respondí, porque me hallaba solo, sentado en la barra. De Coco Sattui, en fin, apenas llegué a constatar que podía pasar una hora en silencio, casi sin moverse, y que, si entraba alguien que le disgustaba, le clavaba una mirada diabólica. Cuando me levanté de la mesa, Sattui se movió y secreteó algo al oído de uno de sus acompañantes, el más sonriente y menos parco, y este me dijo:

–Dice Coco que ha sido un placer conocerte.

Otro tipo raro fue Rogelio, un mulato guapo y de ojos verdes, según una amiga del Club de Teatro, que lo conoció de casualidad. Nacido en Panamá, hijo de madre rumbera y padre bongosero, había afincado en Lima hacía cinco años. Este individuo era diurno y nocturno; de mañana, reclutaba a damas con un atractivo fulgor; de tarde, se lo veía ingresar a las *boîtes* de moda. ¿Qué hacía él yendo

a las *boîtes* antes de hora? Trabajo de *casting*, se diría hoy. Las mujeres que importunaba, no bien oían sus promesas y recibían honorarios adelantados, tenían la esperanza de arreglar su vida con un dinero fijo. Una tarde mi amiga señaló una fila de cuatro señoritas aguardando en la puerta del Tabaris; todas llevaban tacones altos y carteras. Minutos después, llegó el mulato, ataviado con zapatos de dos colores y un llamativo saco *sport*; nadie, salvo los cafichos, vestía así. Mi amiga, que ya era íntima de aquel panameño, se enteró al detalle del tejemaneje de su oficio. Primero, preguntaba a las mujeres si eran solteras, luego, si sabían bailar y, por último, si eran capaces de bailar ligeras de ropa ante un público oculto en la penumbra. Unas devolvían el dinero y se largaban, otras titubeaban y se quedaban a dar una probadita.

Pronto las chicas pasaban a la etapa de aprender danzas insinuantes o numeritos eléctricos al estilo de Betty di Roma, Tongolele y Mara la Salvaje. Rogelio, asimismo, era instructor de mambo, maquillador y estilista: transformaba a una chica común en una beldad deslumbrante. Y, además, si se prestaba la ocasión, era consejero sentimental. Varias de las chicas, con las que sostuvo romances, aparecían en las fotografías de los carteles que se ponían en la puerta; ellas se veían y no se reconocían, y eso las tranquilizaba: su identidad no estaba expuesta. Los carteles, de otro lado, las anunciaban como novedades recién venidas al país: «¡Hoy, las chilenitas de la Bim Bam Bum!» o «Nuevas reinas del Tropicana».

Un día mi amiga me presentó a Rogelio y nos dimos la mano. El cielo estaba gris y lloviznaba. Fue un encuentro breve, bajo la marquesina del cine Metro; hablamos poco, y nuestra charla versó sobre la garúa de Lima; le intrigaba que no lloviera a chaparrones, como en su país.

No abordé el tema de su empleo en las *boîtes*, desde luego. Hacerlo habría sido impertinente. Poco después, y ya con mi amiga a solas, la interrogué sobre la maña del panameño para seleccionar mujeres.

–¿Cómo sabe que las chicas aceptarán sus condiciones?

–¡Por intuición! –replicó–. ¡Rogelio las tasa en un instante, sin equivocarse! Algunas le dicen no al principio y luego vuelven;

entonces él, me explica, procede a mimarlas y hacerlas reír… ¡Y les saca el diablo!

Mucha gente de los sesenta era rara para mí; yo recién descubría el mundo. Sin embargo, comparándola con los personajes actuales, ya nadie me parece extraño. Por nuestras ciudades mundanas –Lima, Cusco, Arequipa–, lo inaudito y extravagante se ha normalizado. Sea como fuere, al evocar aquel profuso surtido de tipos raros, detecto ahora, no sin simpatía, emociones perdurables. Haber conocido a Humareda, por ejemplo, fue toda una experiencia. Aquel pintor puneño, de vehemente trazo expresionista y colores intensos, era un hombre marginal y pensativo que paseaba por las calles del centro, pero siempre abrumado, porque a menudo lo discriminaban; los restaurantes y hoteles de lujo le cerraban el paso. Vestir de saco y corbata, en su caso, no lo volvía respetable.

Lima, ya se sabe, era una ciudad de blancos, y Humareda, que era un andino greñudo, bajito y rechoncho, la pasaba mal. Solo el gremio del arte y la cultura lo reconocía. ¿Y cómo se las arreglaba? Haciendo de bufón: bromeando o burlándose de sus agresores. Histriónico casi a tiempo completo, Víctor Humareda entraba triunfalmente a los cafés cuando veía amigos suyos en las mesas; entraba con ínfulas de aristócrata e imitaba a los cómicos del cine mudo: saludaba sacándose varias veces el sombrero hongo y luego posaba con un tenso gesto arrogante, socarrón. Aquellas farsas, creo yo, le daban valor, ya fuera para superar su timidez o para criticar a los fatuos, a quienes les dedicaba estentóreas carcajadas.

Así lo conocí yo, y congeniamos enseguida. Luego nos reunimos en diversas ocasiones a tomar el té; era abstemio. Su conversación se daba por estallidos, en bruscas ráfagas. Permanecía callado un rato, sosteniéndose el mentón con una mano, como el pensador de Rodin, e intempestivamente gritaba: «¡Goya! ¡Eso es el arte!» o «¡Yo recibo a Renoir en mi cuarto y le muestro mis cuadros!». Tenía el hábito de dibujar a sus amigos (me hizo varios retratos en hojas de cuaderno escolar o servilletas) y, sobre todo, el hábito de soñar con Marilyn, su fetiche, la única Marilyn del siglo XX que el mundo entero

conoce. Y, finalmente, el hábito del delirio. Una tarde, en que por alguna de sus pueriles fantasías subimos a un bote, de aquellos que había en la laguna del Parque de la Exposición, nos tomaron una foto que, dicho sea de paso, encontré hace poco. Yo sostengo los remos y miro hacia el lente; él, temeroso, imagina que «soplan vientos huracanados».

Humareda vivía en un hotel de La Parada, en un cuarto que fungía de morada y taller. Murió de un cáncer a la laringe que en sus últimos meses de vida lo dejó mudo.

El más simpático y culto de los raros –un erudito que tenía todas las respuestas y que se lo había leído todo y en varias lenguas– era un sujeto fornido, rubio y de ojos azules, ataviado como un lord: traje príncipe de Gales, con chaleco y reloj de bolsillo, y, entre los complementos, un pesado encendedor Dunhill y un maletín negro, el mismo que habíamos visto en las películas de James Bond. Diré solo su nombre: Gino. En el ambiente de diarios y revistas era sumamente apreciado: conseguía avisos publicitarios a raudales; ganaba muy bien y viajaba a menudo. A veces, al retornar de un largo viaje, aparecía con un sombrero tirolés, de plumita; otras, con libros en el maletín. Esos libros no se hallaban en las librerías peruanas, y él, con lucidez, con gracia, ¡con inestimable generosidad!, comentaba la sabiduría que contenían. En el café Tívoli, que era su favorito, bebía la gloriosa pócima del barman Fosco Scarselli, cuyo ideólogo fuera el conde Camillo Negroni: un cóctel que, nos decía, «está hecho a mi medida». Un tiempo después, alguien reveló que Gino viajaba, sí, pero esta no era la única razón que explicara su ausencia de meses. También se internaba en clínicas de desintoxicación, y ahí, al parecer, leía mucho; su familia lo internaba. Era, en concreto, un alcohólico que vencía su adicción a fuerza de una tremenda voluntad, pero que, lamentablemente, cuando caía en tentación, se iba de corrido y desaparecía por varias semanas, no paraba de beber. Y luego aseveraban que, cada vez que lo encontraban, se hallaba en andrajos y rodeado de vagabundos, bajo los puentes del río Rímac.

El Gino que yo conocí mejor fue el de sus ciclos de seca: solo tomaba café, y era una fiesta de humor y elocuencia. Pero otros amigos no estaban de acuerdo: argüían que el trago lo hacía más brillante. A la postre, los rumores lo situaron en Europa, curándose en clínicas suizas. Hasta que, pasados seis meses, llegó una noticia terrible y divertida; nos la dio un amigo de *La Prensa*: Gino estaba detenido por estafador en una delegación policial de Madrid. El cable de agencia lo describía como un «distinguido italoperuano». Y su acusador, un mesero de gran hotel, aducía que Gino le había dejado de propina un cheque de diez mil dólares. (Cinco veces fue aquella alma crédula a recoger el dinero, pero el empleado del banco, con voz neutra, repetía que la cuenta no tenía fondos). En su defensa, Gino declaró: «Ese cheque no era para cobrarlo, sino para ponerle marco».

La noche idealiza a la ciudad, sin duda; las luces la embellecen, las sombras ocultan piadosamente sus miserias, y los personajes, si hay suerte, crecen favorecidos por la magia del claroscuro. Lima, ciudad de neblinas y misterios, de tertulias y amistades frágiles o duraderas, o de gente que nos encanta y desencanta en minutos, brillaba al compás de esa magia.

Caminar de noche por la plaza San Martín, enfriada con una ligera bruma que hacía tiritar, permitía entonces que viéramos escenas insólitas. Una vez, al dar las tres de la madrugada, hora en que la plaza estaba casi desierta y humedecida por el rocío, contemplé a un típico vendedor: el emolientero. Se apareció empujando una carretilla techada con lona impermeable y dejando tras de sí un vapor aromático de hierbas levemente maceradas en agua hervida. Sus clientes, de solapas levantadas, eran taxistas y trabajadores nocturnos de camino a sus casas, pero asimismo bohemios lívidos y, según el diario *Última Hora*, «gente de mal vivir».

Una vez instalada la carretilla, me sumé a la clientela; pedí el vaso de emoliente y deseché la oferta de un apanado transparente. Y, estando en esas, llegó de pronto una extraña compañía: una bella y joven señora, de estola de piel y otras galas, que fumaba con larga

boquilla; solicitó también el caliente bebedizo y le hizo una seña a su chofer, que la custodiaba desde del auto estacionado a corta distancia. Probablemente, ella había salido de uno de los pocos bares aún abiertos, acaso el Bolívar o el Negro Negro, y su presencia, por decir lo menos, creaba una atmósfera irreal.

La gente se inquieta ante lo inusitado; a menudo experimenta una sensación de peligro, como si acecharan monstruos invisibles. Pero esa vez solo nos sorprendió un bullicio, y de improviso quedó claro que los monstruos estaban a la vista y eran los responsables del griterío. Dos hombres rudos se habían trabado en una pelea callejera: patadas, puñetes, cabezazos. Discutían por cuestiones políticas, a juzgar por el calibre de las injurias. Uno gritaba: «¡Oportunista de mierda! ¡Te paga la oligarquía!», y el otro rebatía: «Y tú, búfalo aprista, ¡eres un matón a sueldo!».

La mayoría apenas se volvió a mirar; esto es, nadie se alejó de la carretilla, a excepción de la joven y misteriosa señora. Expeliendo humo, decidida, ella avanzó con rápidos pasos para mirar de cerca e, increíblemente, se lanzó a azuzar a uno de los contendientes.

–¡En los huevos! –gritó, utilizando la boquilla de puntero–. ¡Patéalo en los huevos!

¿A quién de los dos apoyaba? ¿Y por qué? Nunca lo supe. La pelea terminó cuando llegaron colegas de los implicados y los separaron.

La mujer, resoplando, se largó molesta y sin tomar su emoliente. Ni siquiera dio un vistazo por la ventanilla cuando el auto echó a rodar.

Consigno esto porque un mes después volví a ver a esa mujer. Fue, por añadidura, en el mismísimo Negro Negro. Sentada a una mesa medio escondida, conversaba con dos damas tan emperifolladas como ella. Y, dado que yo había caído ahí con habitués de aquel mítico sótano, pregunté si sabían quién era; no tenían idea, aunque uno, al hacer memoria, dijo que la había visto antes y en un concurso en vivo de artistas abstractos.

–¿Un concurso en vivo? –me extrañé.

–Sí –contestó–. Pusieron diez caballetes con lienzos blanquísimos en esta pista de baile, y los artistas, todos muy jóvenes, debían pintar una obra en veinte minutos exactos. Luego un jurado de supuestos conocedores evaluaría los trabajos y premiaría al ganador. Fue algo inesperado.

–¿Y ella participó?

–No, en absoluto. Ella era una simple espectadora, pero de las que aplauden con fervor. ¡No se imaginan cómo festejó al ganador! ¡Ese chico ganó por aclamación! A mí, y a todos los presentes, nos entusiasmó de veras, tal vez porque plasmó su obra apelando a un efecto teatral…

La obra, aclaró enseguida, no era ni mejor ni peor que las de sus rivales; lo diferente sería su realización. Al darse la largada, por decirlo de alguna manera, todos los concursantes se dispusieron a pintar con febril celeridad, salvo uno, el que terminó ganando. ¿Y qué hizo él? Permaneció inmóvil ante su lienzo vacío por quince minutos, y luego, con serenidad, fue destapando lentamente ocho pomitos de *gouache*. Por último, al tomar un trago de cada pomito, comenzó a escupir colores diferentes, y el lienzo se llenó de manchas chorreantes que felizmente se entremezclaban. (No creo que por entonces se tuviera noticias en Lima del pintor expresionista abstracto Jackson Pollock o de los chorreos del *action painting*).

El testigo de aquel concurso, quien narraba tan curioso episodio, añadió que había un señor mayor entre el público. Y que este se reía a mandíbula batiente y comentaba: «Mi hijo de cinco años pinta igual».

En cuanto a la mujer de dos caras, la irascible y la celebratoria, sigue tal cual en mi memoria, alojada y preservada por su halo de misterio.

La bohemia es una forma de expansión. Algunos la odian, es cierto, ya que no beneficia a todos por igual. De la multitud de bohemios, solo pocos sobreviven como escritores o artistas; los demás naufragan. El secreto para salvarse consiste en tomar la bohemia como una segunda educación, una escuela libre. Con ello quiero

decir que, fuera de las mesas llenas de botellas de cerveza o las pullas entre unos y otros, lo esencial, me parece, es la tertulia, las conversaciones que te iluminan, el éter original de los viejos bohemios: la palabra clara y bella, sin pirotecnia, sin trampa.

Tengo decenas de ejemplos fascinantes de tales conversaciones, pero doy fin a esta nota con el más sencillo y tal vez el más hermoso. En 1969, en una mesa de «adictos» al cineclub, el tema que desmenuzábamos era *Isadora*, la gran película de Karel Reisz basada en la fundadora de la danza moderna, Isadora Duncan, interpretada por Vanessa Redgrave. Se habló, por supuesto, de *Mi vida*, su autobiografía; de sus notables parejas: Gordon Craig, Serguéi Yesenin, Paris Singer; de su tragedia familiar: el accidente de sus dos pequeños hijos, que murieron ahogados en el Sena. Y, ni qué decir tengo, de su propia tragedia: murió en Niza, ahorcada con su larga bufanda de seda; iba en un descapotable y una punta de la bufanda se enganchó en los rayos de una de las ruedas traseras y la mató al instante.

Parecía que lo habíamos dicho todo. No era así.

Uno de aquellos «adictos», cuyo padre, al parecer, era catedrático de Literatura, nos desengañó. «¡Mañana les traeré una sorpresa!», dijo. «¡A este mismo café y a la misma hora». Y lo que trajo –lo estoy viendo– nos dejó maravillados. Mostró un ángulo colateral: un ejemplar de la revista *Mundial*, publicada en 1927, con un texto firmado por César Vallejo. Nuestro poeta había escrito una sentida crónica sobre los funerales de la bailarina, donde empezaba vislumbrando la cremación de sus restos: «Mientras cuarenta mil unidades de la Legión Americana desfilan del Arco del Triunfo al Hôtel de Ville, están a estas horas quemando en el cementerio del Père Lachaise las últimas falanges y los postreros carpos del cuerpo, mediano y regular, de Isadora Duncan». Y, hacia el final, concluía con solemne admiración: «Bailó por primera vez lo que antes se creyó que no era bailable… Yo la vi en su último recital del Teatro Mogador, en julio de este año, bailar –con ya moribundo brillo– la *Sinfonía inconclusa* de Schubert y *Tannhäuser*… La tierra retiene para siempre el latido de sus pies desnudos, que ritman el latido de su corazón».



Encuéntranos en...



# Tanta vida yo te di



Mientras el tiempo vuela y seca el corazón, las parejas del siglo XXI hacen y deshacen sus historias de amor y desamor. Algunas, para zanjar los problemas, se tornan rudas, o peor aún, tiernas; otras, solo optan por amar a como dé lugar. De esto va *Tanta vida yo te di*, volumen de relatos vibrantes y sobrecogedores de Fernando Ampuero, cuyos erráticos personajes le temen más a la pérdida que al desengaño.

Una mirada limpia, y siempre filosa, es el espléndido rasgo de la escritura de Ampuero a la hora en que observa los desafíos y sobresaltos de la existencia.

«Hay mucho humor en estos cuentos, y me refiero a un humor sin inhibiciones que se apropia del melodrama, ese género de la educación sentimental latinoamericana».
Peter Elmore

eBook DISPONIBLE

ISBN: 978-612-4350-65-8